



espol

Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual







espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual

VOLUMEN 6. NÚMERO 1



Autoridades

Cecilia Paredes Verduga, PhD.

Rectora

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Paola Romero, PhD.

Vicerrectora de Docencia

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Carlos Monsalve, PhD.

Vicerrector de Investigación

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Nayeth Solórzano Alcívar, PhD.

Decana FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Carlos González Lema, MSc.

Sub-Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Paola Ulloa, PhD.

Gestión de Apoyo y Difusión

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Consejo Editorial

Alla Kondratova, MSc.

Ariana García, MSc.

Diana Macías, MSc.

Daniel Castelo, MSc.

Omar Rodríguez, MSc.

Comité Externo

Arturo Cervantes
Universidad de Buenos Aires

Raúl Serrano
Universidad Andina Simón Bolívar

Cecilia Vera de Gálvez
Universidad Católica Santiago de Guayaquil

Vicente Robalino
Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Galo Torres
Universidad de Cuenca

Claudio Pozzani
Universidad de Génova

Paola Ricaurte
Tecnológico de Monterrey

Staff

Marcelo Báez, PhD.
Director

JD Santibáñez, MSc.
Director de Arte

Daniel Castelo, MSc.
Jefe de Redacción

Ariana García, MSc.
Jefe de Diagramación

Imágenes

Leonardo. AI
Death to Stock

Prompts

JD Santibáñez, MSc.

Portada/Contraportada

JD Santibáñez, MSc.

Portadillas

Jackson Pollock, *Alchemy* (1947). Collection of the Solomon R. Guggenheim Museum, New York.

Informática

Diego Carrera, PhD.



REFLECT



n esta ocasión Píxeletras nos entrega algunas novedades. La primera es la buena poesía con la presencia de dos voces femeninas, Rocío Soria y María Leonor Baquerizo, además de Juan Romero Vinueza, radicado en México. Se cierra esta sección con la traducción de unos poemas de Jim Morrison, vocalista del grupo *The Doors*, a cargo de Pietro Speggio.

En la sección “Cuento” ponemos a dialogar a Joaquín Gallegos Lara (1909-1947) con Jorge Luis Borges (1899-1996): ambos cuentos dan testimonio de la entrevista en Guayaquil del General San Martín con el Libertador Simón Bolívar.

El bloque novelístico de esta Píxeletras nos regala el capítulo 2 de *Bulevar Manigua*, texto sin personajes de Fernando Nieto Cadena (1947-2017). Se trata de una disección del espacio citadino con el bisturí del habla popular, con ese toque poético al que nos acostumbró el Gordo Nieto.

La sección “Rookies” está dedicada a dos textos que aparecieron en sendas publicaciones de Editorial ESPOL. El primero es de Gustavo Adolfo Bedoya, escritor colombiano, que ganó una mención de honor en el I concurso Santiago Martínez Camacho, organizado por la Fundación Quimera. El relato, que pertenece al género de la literatura

juvenil, trata sobre el tema del *bullying* a través de la alegoría de los videojuegos. Esta imaginativa parábola de la violencia aparece en el libro *Santi* nos cuenta, que inaugura el catálogo de Editorial ESPOL, y que fue publicado en línea el 8 de marzo, Día de la Mujer.

El segundo texto pertenece a Ronald Villafuerte, profesor de nuestra facultad, que tuvo el privilegio de estar mes y medio en la Antártida. Su viaje estuvo patrocinado por el INOCAR. Fotógrafo de linaje, Villafuerte nos entrega fotografías de sublime calidad que uno espera ver en revistas como *National Geographic*. Como valor agregado el profesor escribe una descripción cotidiana de sus avatares de la cual extraemos los fragmentos más significativos. El resultado completo se lo puede apreciar en *Luz y Sombra en el Polo Sur: Diario de un viaje científico a la Antártida*, coeditado por INOCAR y Editorial ESPOL a fines de mayo de 2024.

Este número de Píxeletras marca el fin de una era. El escritor e ilustrador José Daniel Santibáñez Vásquez se jubila. Este es el último número diseñado por el profesor de FADCOM. El autor de numerosos cómics y obras de ciencia ficción cuela los botines académicos. Formador de algunas generaciones de diseñadores gráficos tanto en ESPOL como en la UEES, Santibáñez ha creado escuela. Su legado será custodiado por los alumnos y colegas que hemos visto en él a un profesional serio, con un alto nivel de crítica y exigencia. Desde aquí le decimos un hasta pronto, con la invitación de tenerlo más adelante, en nuestras páginas, como escritor.

Marcelo Báez Meza, MSc.
Director de Píxeletras

Pixelettras, Revista Literaria de FADCOM, es una publicación de arte y literatura semestral de la Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual y de la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), dirigida a profesores, estudiantes, profesionales de la Comunicación, amantes del Arte y la Literatura, en general. Es editada en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. Campus Gustavo Galindo. Km 30,5 Vía Perimetral.

Poesía

El Canto de las Salamanquesas. María Leonor Baquerizo 14
Podrías ser el Dios que jamás tuve, y Otros Poemas. Rocío Soria 22
Poems Beside an Ancient Lake / Poemas Junto a un Lago Milenario.
Jim Morrison 32
De Pintura Mal Escrita Mi Memoria. Juan Romero Vinueza 40

Cuento

La Entrevista en Guayaquil
(Estampa Americana). Joaquín Gallegos Lara 34
Guayaquil. Jorge Luis Borjes 54
Mundo en llamas Gustavo. Adolfo Bedoya 62

Entrevista

Cuestionario Proust-Pivot. Responde Carolina Andrade 46

Novela

Bulevar Manigua. Fernando Nieto 76

Miscelánea

¿Por qué baja el Coeficiente Intelectual? Aurora Herráiz 88
La Fiesta de La Palabra en la Poesía de Carlos Rojas González.
Dalton Osorno 94

Rookies

La Antártida, un diario de viaje. Ronald Villafuerte 104

POE SIA



EL CANTO DE LAS SALAMANQUESAS

MARÍA LEONOR BAQUERIZO

1

Impasible ve pasar las piedras
pone la mesa y saca su mejor vajilla
coloca en el plato un trozo de piedra
que la luna caliente y mancha

como en su sueño de relojes sucios
trata de limpiarlo todo

mira hacia la puerta cubierta
por la sombra de los números
y acomoda al tiempo sobre la mesa
servido en el vaso más alto

espera indiferente las doce campanadas

2

Tomo aire y me sumerjo hasta quedarme sin cielo
en la fría quietud diviso la ciudad perdida
sonríó ante la puerta alta
pasa frente a mí una imagen que se escapa
un conejo blanco persigue a un soldado de palo
la caperucita danza con el lobo en medio del humo verde
me contemplo entera en un gran espejo de marco roto
más rota que el marco trato de cubrirme
coloco mi oreja en mi pierna izquierda y uno de mis ojos en mi espalda
agarro mi vientre vacío y flácido
recojo letras para reconstruirme
busco mi boca
la veo moverse en el fondo del mar
sal y música confabulados en esta miseria
se mezclan con el azul

no hay más fondo
pero algo me arrastra
todos
ladeando sus cabezas azules
miran mi ser quebrado en la inmensidad

3

Él toma su café
y remoja el pan
se le chorrea un poco de leche
lo limpia con la manga mientras observa su servilleta

ella parece no mirarlo
no dice nada y sigue amasando el pan

él le mira las nalgas
y remoja un pedazo más grande

ella sabe que salpicará todo

enjuaga sus manos
toma la tabla de picar y el cuchillo más grande

él hace un sonido con la boca y se limpia con su servilleta nueva
lo hace con pena por tener que usarla
y regresa sus ojos a las nalgas
éstas se mueven sutilmente acompasando el movimiento del cuchillo
el cuchillo ha hecho trizas un puñado de hierbas
la hoja de metal sube y baja con agilidad inusual
él acomoda su pantalón
sigue mirando
se levanta en el preciso momento
en que la mujer se queda quieta
con su cara salpicada

4

El viento
rasga con fuerza
el lado derecho
de la tolda
y doblega tres plantas
por la parte más frágil:
enraizada a la tierra la niña mira satisfecha
su tronco es fuerte y su olor es verde

como el olor de la madre

cerca y lejos de todo
hierva canela
derrama su olor sobre dos manos
que son cuatro
que son seis
quebrando
una rama seca de romero

de ese té sirve la abuela una taza muy grande
dice muchas cosas
y mira el reloj

la madre de mi madre siempre espera
la misma espera que yo pretendo no tener

el viento acorrala esa mezcla de olores
como animales furiosos chocan entre sí
canela y romero
madre y abuela
arrinconan a la hija

la abuela opaca el olor verde de la madre
las raíces de la madre pierden fuerza
la hija sin ramas se queda sin olores

levanta las plantas caídas
cómo puede el viento ser tan dañino piensa
la abuela que todo lo escucha responde
¿no sabes del viento recio acaso?
¡ah! solo lo siento
cuando dulce me mueve en mi jaula

canela
abuela
romero
madre

hija
hija
hija
un solo olor
un soplo que nunca existió
resuello desconocido
que arranca
la tolda por completo.

5

Cómo creer que esto es vida
si fuera una gallina a quien degüellan en navidad
no esperaría nada
pero siendo jirafa estiro cuello al máximo para estar sobre todos
¡mierda! yo jirafa pierdo el cuchillo que utilizaría para agredir al mar
estúpido mar frígido y oscuro
seguro vaciaré letra por letra hasta perder los nombres
quedarme sin pies

18

como jirafa que todo lo veo encuentro el cuchillo
maldito mar que abraza y abrasa
te las verás conmigo le digo
el movimiento trae la letra de una canción también hurtada
perversa oscuridad
¿dónde es más oscuro?
observo el circo o más bien el círculo que nos rodea
mi cielo lleno de nubes lilas
me asomo para ver si encuentro lo que predicán los pájaros
los pájaros que embrujan y desembrujan los mares
yo jirafa me alisto moviendo el cuello cada vez más pesado
sobre un infierno que me encuentra descalza
ahora
doblaré mi cuello para adular sus sucias aguas

6

Harapienta me trepo a la cama y recojo migajas
que en mi bolsa gris guardo
harapienta bebo de tu vaso y borro la huella

y me pierdo pretendiendo llegar a la trompa de Falopio
busco a mi madre y la llamo
no quiero que vea mis harapos porque
notaría mis cicatrices
harapienta retrocedo el reloj hasta dañar el minuterio
corto mi pelo y lo amontoño junto a las migajas
recorro la superficie dura y fría de mi cama
envuelta en un extraño vaho
el hálito de un ser que no alcanzo a ver
se enreda en mi marcha
inquieta estiro las manos para encontrarte
encontrarla
encontrarme
no sé cómo salir de este agujero

¿madre, dónde estás?

pequeña y sin raíces
me acomodo cuidadosamente
recojo primero mis piernas para abrazarlas
hasta completar la posición fatal
¿es aquí donde termina o comienza?
no sé
no aprendí a tejer

7

En alguna guarida las salamancas ríen
y en esa risa afirman su identidad
mientras yo
dudosa de mí
espío

.

en la blancura de la pared
una raya huye
como gota de agua

..

yo escabullida bajo su vientre
entre sus patas sentía

el movimiento de la tierra.

...

su cola rozaba mis pestañas
cuando quería descubrir su mundo.

....

sin raíz
sin viento
sin nosotros
una salamanca flota
en mi ventana

.....

en medio de dioses sin rostros
escuché sin memoria
el canto de las salamanquesas

.....

bendito instante
el de las máscaras
he perdido mi cola

.....

enredada en sus ojos saltones
en una grieta muda
como salamanca de piedra y viento
me aferro al árbol de los olvidos

.....

la casa tiembla
las salamancas se aparean

.....

en un nido de vejez
se entrelazan
las patas de las salamancas
anudadas al mismo pecado

.....

todo se repite
las salamancas en fila
en busca de azúcar
para entonar su canto
que ola tras ola
el mar secó





PODRÍAS SER EL DIOS QUE JAMÁS FUI

y otros poemas

ROCÍO SORIA

6

temblar
doblar sobre uno mismo como ante un vertedero
hacerse pequeño
abrazarse
cubrirse el rostro pero no morir
ovillarse
enfundarse
desfigurar el rostro
maldecir pero no llorar
caminar por las cuchillas del día
gritar
o
enmudecer
arrodillarse en la puerta de urgencias
cagarse del miedo
reducir el poema a la menor cantidad de palabras
volverlo aullido
o
pelota de aire en el pulmón

23

(Tomado de Ictus, 2013)

17

en esta ciudad eterna puedes ser libre por ahora
hasta que den las doce y tengas que volver a una realidad ajena pero tuya
o hasta que el demo de Shadow of the Colossus termine y el juego se vuelva
más que guerra cotidiana
silencio
y el tiempo nuevamente se ajuste entre tu paladar y tu espalda
y el bullir tétrico de la avenida sea lo más real que conozcas
y ya no el beso
ni el abrazo
ni la mujer
y ni siquiera las canciones o los versos más terribles valgan la pena ser

escritos
y valga mierda que Galeano haya dicho que uno escribe para juntar sus
pedazos

qué más da que tus pedazos se queden desperdigados
la vida que es más se acaba y solamente nos quedan once años
el suicidio es una idea cándida, casta y pura a la que jamás fui convocada
de qué serviría a estas alturas juntar las partes luego de la explosión de la
mañana si el puzzle es solo un pretexto ingenuo para seguirse quedando a
inventar maneras poco estéticas o culposas de morir

qué más da algo, luego del enorme trago de veneno
o de la pena eterna del infierno de Rimbaud

solo esta sed, este fuego quemando la entraña
la vida que es más se acaba y solo tenemos este silencio o estas palabras

no tengo por qué confesar pero qué más da
si siempre nos contamos mentiras como posibilidades o ciudades imaginarias o
demos de aventuras

no tengo por qué hacerlo pero confieso que consumo esta droga fantástica en
pastillas para construir un mundo feliz
y ver a este hospicio en el que oculto mis derrotas como un parque de
diversiones o el sitio en el que vienen a bien morir los cristos urbanos

en esta ciudadeterna esta noche
esta madrugada
esta ingenuidad y lo que resta del juego
en esta ciudadeterna tus manos podrían volverse música como otras noches
y tu cuerpo la imagen más religiosa a la que me he abrazado
y he sacrificado mi sangre
y tú hasta podrías ser el Dios que jamás tuve
el punto inicial o final
el beso que quisiera de despedida cuando me muera
o podrías ser el tipo que cuente los cachos en mi velorio o el único al que en
realidad espere porque una mujer como yo ya no espera nada de nadie

en esta ciudad eterna vos podrías ser la secuencia única de imágenes que dura una hora y veinte sin cortes de cámara y al final podrías ser también la soga con la que aspiro colgarme o el soma con el que aspiro colgarme una sonrisita idiota el lunes

ningún punto
la ciudad en mutis
Alissa se desangra en guturales
la ciudad lluviosa
el poema prometido
la idea trillada y el ducto de la ventilación de la oficina a la que he trasladado mi ropa
la guitarra y algunos libros

ningún punto y los módulos del joomla ya parecen los bloques del tetris
en este momento son las veintiún horas en la maldita ciudad en la que nací
las imágenes se superponen
debería abreviar la vida y dejar la palabrería o la filosofía de Facebook
y atinar una estrategia para ganar el juego pero qué más da
no siempre se gana en esta guerra cotidiana o en este silencio
no siempre es importante una mujer
no siempre es necesario el amor
no siempre es trascendente decir te amo
no siempre es bien recibida la palabra
a veces por miedo a que sea profecía o vaticinio

25

no es importante ni siquiera transgredir
solo lo es darse por vencido y abreviar la vida en un punto

(Tomado de Deterioro, 2018)

le consulta

los signos vitales
ella se impacienta como otras veces
yo recuerdo un bolero antiguo y lo canto
me sigue
se ríe

a veces la pena es risa o carcajada que termina en
alarido y otras veces lo contrario

ambas miramos el reloj del corredor del hospital
le pregunto la hora para ver si responde
ella inventa que son las diez y le creo
la otra vez almorzamos en china y cenamos en francia
y le pedimos al pianista una canción perpendicular

ella al mando de la letra
se la sabía completa
estuve a punto de creer que se había curado
que su memoria había vuelto

le indagué
pero luego de cantar ya no comprendía mis palabras
como no comprende tampoco que el pie izquierdo debe ir en el zapato izquierdo
y que el pantaloncillo debe ir en sus piernas y no en sus brazos
anoche arrojó las piedras de la medicación en un rincón

26

seguimos en la sala de espera
yo la entretengo con el viejo bolero
lo escucha y quiere cantar a gritos
levanta la voz
se descontrola
finalmente pasamos a la consulta
ella se ríe hasta el delirio
tal vez la broma seamos nosotros
los que la vemos desde fuera

yo en su mundo soy punzada
y ella en el mío también

el médico le aplica el test de evaluación cognitiva moca
ella no une los puntos ni sigue las flechas
se dispara en todas las direcciones y no aterriza
nunca ha aterrizado
y no es novedad

las dos siempre vivimos en un mundo inventado por ella

luego vuelve a fallar al dibujar un reloj

acuérdate del reloj que vimos en el corredor le digo

dibuja uno igual

pero ella se pierde en el tiempo y gesticula

aunque es posible que seamos nosotros los que estamos perdidos en el tiempo y gesticulando

aunque es posible que seamos nosotros los del espectáculo risible

en qué se parece una bicicleta a un tren

en qué se parece una regla a un reloj

le pregunta

en qué se parece una aguja a mi cabeza

responde

luego se detiene en las sumas y las resuelve

diga palabras con p en dos minutos

27

padecer

parir

poema

prisión

paliativo

pena

pastilla

paseo

pantufra

pinchar

pierna

puta

paz

padecepoemas

parepoemas

aprisionapoemas

tragapoemas
paliativospoemas
poemasdelargapena
pastillas
paseoenpantuflas
pincholaspiernas
porlaputadetumadre
déjemeenpazdoctor

grita
me llamo rosario lema y nada más
historia clínica en verso
me llamo rosario lema
usted no me conoce doctor o es que se acuerda de mí
yo no me acuerdo de usted

y de inmediato pasa de la molestia a la carcajada

tiene ocho sobre treinta en el test
eso es un estado avanzado
yo sé eso con o sin test
pero no puedo evitar descorazonarme escuchando el diagnóstico

luego se dirige el doctor a mí

la señora escucha voces que le sugieren que se haga daño o que se marche

sí doctor
ambas las escuchamos

(Tomado de Pelotón de fusilamiento, 2022)

5

a veces amanecemos con los brazos tan llenos de nada
tan fraguadas de piedra y huesos sobre una cama terminal
sumidas en una quietud extraña y aterradora
incapaces de nada

imposibles de nosotras mismas
a veces amanecemos con los ojos tan llenos de nada
tan fraguadas de piedra y huesos
sin que ninguna figura venga a favorecernos
sin que ningún espíritu pueda ser convocado
tan secas
tan derruidas
sin padre ni madre
a veces amanecemos con las piernas tan llenas de nada
tan fraguadas de piedra y huesos
llagadas y de cara a la pared

de un solo lado del colchón
nos odiamos cara a cara con la ausencia
con la desnudez de nuestros huesos
y ni el lloriqueo ni el poema nos asiste
a veces amanecemos en franca retirada
tan fraguadas de piedra y huesos
enfermas viendo cómo se nos burla el día
tan azul afuera y tan diáfano y nosotras tan fieras y rabiosas
sin acción de levantarnos
a veces amanecemos tan miserables
tan fraguadas de piedra y huesos
tan veneno
pero así y todo recogemos nuestros huesos y nos recomponemos
nos miramos al espejo nos ponemos una sonrisa para imposter
y una mirada azul para atizar el día

(Tomado de Casa de mariposas negras, 2023)

A Juan Carlos Jurado Reyna

de pie en ese rincón del cuadro
reservado
silente
con toda la magnitud que le otorga su silencio
alma vieja
alma sabia

de pie
cavila
piensa
se mira hacia adentro
mira hacia el instante mismo
a sangre fría si se quiere
imbuido

de pie
sin sonrisa
una música lo envuelve
un aura

imagino la dedicación de su trazo

de cuántas vidas y cuántos nombres
de cuántas muertes y cuántos tránsitos
de cuántas noches y cuántos cantos
de cuántos nacimientos y cuántas resurrecciones
de cuántas memorias y cuántos salmos

(Inédito, 2023)





POEMS BESIDE AN ANCIENT LAKE

POEMAS JUNTO A UN LAGO MILENARIO

JIM MORRISON

Self-interview

I think interview is the new art form. I think the self-interview is the essence of creativity. Asking yourself questions and trying to find answers. The writer is just answering a series of unuttered questions.

It's similar to answering questions on a witness stand. It's that strange area where you try and pin down something that happened in the past and try honestly to remember what you were trying to do. It's a crucial mental exercise. An interview will often give you a chance to confront your mind with questions, which to me is what art is all about. An interview also gives you a chance to try and eliminate all those space fillers... you should try to be explicit, accurate, to the point.... No bullshit. The interview form has antecedents in the confession box, debating and cross-examination. Once you

Auto-entrevista

Creo que la entrevista es la nueva forma de arte. Creo que la autoentrevista es la esencia de la creatividad. Hacerse preguntas e intentar encontrar respuestas. El escritor se limita a responder a una serie de preguntas no formuladas.

Es similar a responder preguntas en un estrado. Es esa extraña zona en la que intentas precisar algo que sucedió en el pasado y tratas de recordar honestamente lo que intentabas hacer. Es un ejercicio mental crucial. Una entrevista a menudo te da la oportunidad de confrontar tu mente con preguntas, lo cual para mí es la esencia del arte. Una entrevista también te da la oportunidad de intentar eliminar todos esos espacios vacíos... debes intentar ser explícito, preciso, ir al grano.... Nada de tonterías. La entrevista como formato tiene sus antecedentes en el confesionario, el debate y el

say something, you can't really retract it. It's too late. It's a very existential moment.

I'm kind of hooked to the game of art and literature: my heroes are artists and writers. I always wanted to write, but I always figured it'd be no good unless somehow the hand just took the pen and started without moving without me really having anything to do with it. Like automatic writing. But it never just happened. I wrote a few poems, of course. I think around the fifth or sixth grade I wrote a poem called *The Pony Express*. That was the first I can remember. It was one of those ballad-type poems. I never could get it together though.

Horse Latitudes I wrote when I was in high school. I kept a lot of note books through high school and college, and then when I left school, for some dumb reason –maybe it was wise– I threw them all away.... I wrote in those books night after night. But maybe if I'd never thrown them away, I'd never have written anything original –because they were mainly accumulations of things that I'd read or heard, like quotes from books. I think if I'd never gotten rid of them, I'd never been free.

Listen, real poetry doesn't say anything, it just ticks off the possibilities. Opens all doors. You can walk through anyone that suits you.

... and that's why poetry appeals to me so much –because it's so eternal. As long as there are people, they can remember words and combination of words. Nothing else can survive a holocaust but poetry and songs. No one can remember an entire novel. No one can describe a film, a piece of sculpture, a painting, but so long as there are human beings, songs and poetry can continue.

If my poetry aims to achieve anything, it's to deliver people from the limited ways in which they see and feel.

contra-interrogatorio. Es demasiado tarde. Es un momento muy existencial.

Estoy un poco enganchado al juego del arte y la literatura: mis héroes son artistas y escritores. Siempre quise escribir, pero siempre pensé que no serviría de nada si la mano no cogía el bolígrafo y empezaba sin moverse, sin que yo tuviera nada que ver. Como la escritura automática. Pero nunca sucedió. Escribí algunos poemas, por supuesto. Creo que alrededor del quinto o sexto grado escribí un poema llamado *El Pony Express*. Ese fue el primero que recuerdo. Era uno de esos poemas tipo balada. Pero nunca pude completarlo.

Horse Latitudes lo escribí cuando estaba en el instituto. Llevé muchos cuadernos de notas durante esa época del instituto y la universidad, y luego, cuando dejé los estudios, por alguna estúpida razón –quizá por prudencia– los tiré todos a la basura... Pero quizá si no los hubiera tirado, nunca habría escrito nada original, porque eran sobre todo acumulaciones de cosas que había leído o escuchado, como citas de libros. Creo que si nunca me hubiera deshecho de ellos jamás habría sido libre.

Escucha, la verdadera poesía no dice nada, sólo apunta las posibilidades. Abre todas las puertas. Puedes atravesar la que más te convenga.

...y por eso me atrae tanto la poesía, porque es eterna. Mientras haya gente, se podrán recordar palabras y combinaciones de palabras. Nada puede sobrevivir a un holocausto salvo la poesía y las canciones. Nadie puede recordar una novela entera, nadie puede describir una película, una escultura, un cuadro, pero mientras haya seres humanos, las canciones y la poesía pueden continuar existiendo.

Si mi poesía pretende algo, es liberar a la gente de las formas limitadas en que ven y sienten.

The Ghost Song

Awake
Shake dreams from your hair
My pretty child, my sweet one.
Choose the day and
choose the sign of your day
The day's divinity
First thing you see.
A vast radiant beach
in a cool jeweled moon
Couples naked race down by it's quiet side
And we laugh like soft, mad children
Smug in the woolly cotton brains of infancy
The music and voices are all around us.
Choose, they croon, the Ancient Ones
The time has come again
Choose now, they croon,
Beneath the moon
Beside an ancient lake
Enter again the sweet forest
Enter the hot dream
Come with us
Everything is broken up and dances.

La canción fantasma

Despierta
Sacude los sueños de tu cabello
Mi hermosa chica, mi dulce
Elige el día y
elige el signo de tu día
La divinidad del día
Lo primero que veas
Una vasta playa radiante
en una fresca luna enjoyada
Parejas desnudas corren por su lado tranquilo
Y reímos como niños suaves y locos
Engreídos en los lanosos cerebros de algodón de
la infancia
La música y las voces nos rodean.
Elige, canturrean, los Antiguos
El tiempo ha llegado de nuevo
Elige ahora, canturrean,
Bajo la luna
Junto a un antiguo lago
Entra de nuevo en el dulce bosque
Entra en el sueño caliente
Ven con nosotros
Todo se deshace y danza

The movie

The movie will begin in five moments.
The mindless voice announced
all those unseated will await the next show.

We filed slowly, languidly into the hall.
The auditorium was vast and silent
as we were seated and were darkened, the voice
continued.

The program for this evening is not new.
You've seen this entertainment through and
through.
You've seen your birth your life and death
you might recall all of the rest.
Did you have a good world when you died?
Enough to base a movie on?

36

I'm getting out of here.
Where are you going?
To the other side of morning.

Please don't chase the clouds, pagodas.

Her cunt gripped him like a warm, friendly hand.
It's alright, all your friends are here.
When can I meet them?
After you've eaten
I'm not hungry.
Uh, we meant beaten.

Silver stream, silvery scream.
Ooooooh, impossible concentration.

La película

La película comenzará en cinco momentos,
la voz sin sentido anunció,
“todos los que no están sentados espera-
rán a la siguiente función”.

Entramos lenta y lánguidamente en la
sala.
El auditorio era vasto y silencioso
mientras nos sentábamos y se oscurecía,
la voz continuó:

“El programa de esta noche no es nuevo.
Ustedes han visto este entretenimiento
hasta la saciedad.
Han visto vuestro nacimiento, vuestra
vida y muerte,
quizás recuerden todo lo demás.
¿Tuviste un buen mundo al morir?
¿Lo suficiente para hacer una película?”

Me voy de aquí.
¿Adónde vas?
Al otro lado de la mañana.

Por favor, no persigas las nubes, pagodas.

Su vagina lo agarró como una mano cálida y amistosa.
Está bien, todos tus amigos están aquí.
¿Cuándo puedo conocerlos?
Después de comer,
no tengo hambre.
Uh, queríamos decir “golpeado”.

Chorro plateado, grito plateado.
Ooooooh, concentración imposible.

A feast of friends

Wow, I'm sick of doubt.
Live in the light of certain South
Cruel bindings.
The servants have the power
Dog-men and their mean women
Pulling poor blankets over our sailors

(And where were you in our lean hour)
Milking your moustache or grinding a flower?

I'm sick of dour faces Staring at me from the TV
Tower
I want roses in my garden bower; dig?
Royal babies, rubies
Must now replace aborted Strangers in the mud.
These mutants, blood-meal for the plant that's
plowed.

They are waiting to take us into the severed garden
Do you know how pale and wanton thrilling
Comes death on a strange hour
Unannounced, unplanned for
Like a scaring over-friendly guest you've brought
to bed.
Death makes angels of us all
And gives us wings where we had shoulders
Smooth as raven's claws.

No more money, no more fancy dress.
This other kingdom seems by far the best
Until its other jaw reveals incest
And loose obedience to a vegetable law

I will not go.
Prefer a Feast of Friends
To the Giant Family.

Una fiesta de amigos

Vaya, estoy harto de dudas.
Vivir a la luz de ciertas ataduras
Cruels del Sur.
Los sirvientes tienen el poder
Los hombres-perro y sus mezquinas mujeres
Tirando de pobres mantas sobre nuestros
marineros

(¿Y dónde estabas tú en nuestra hora de escasez?
¿Ordeñando tu bigote o moliendo una flor?)

Estoy harto de rostros adustos que me miran desde
de la Torre de TV
Quiero rosas en mi jardín; ¿entiendes?
Bebés de la realeza, los rubies
Deben reemplazar ahora a los abortados. Extra-
ños en el barro.
Estos mutantes, harina de sangre para la planta
arada.

Nos esperan para llevarnos al jardín cercenado.
¿Sabes cuán pálida y desenfrenada
llega la muerte en una hora extraña,
sin avisar, sin planear,
como un huésped asustadizo y demasiado amisto-
so que te has llevado a la cama?
La muerte nos convierte a todos en ángeles
Y nos da alas donde teníamos hombros
Suaves como garras de cuervo

No más dinero, no más vestidos elegantes.
Este otro reino parece de lejos el mejor
Hasta que su otra mandíbula revele incesto
Y obediencia laxa a una ley vegetal

Yo no he de ir.
Prefiero una fiesta de amigos
a la Familia Gigante

What are you doing here?

What are you doing here?
What do you want?
Is it music?
We can play music.
But you want more.
You want something & someone new.
Am I right?
Of course, I am.
I know what you want.
You want ecstasy
Desire & dreams.
Things not exactly what they seem.
I lead you this way, he pulls that way.
I'm not singing to an imaginary girl.
I'm talking to you, my self.
Let's recreate the world.
The place of conception is burning.
Look. See it burn.
Bask in the warm hot coals.
You're too young to be old
You don't need to be told
You want to see things as they are.
You know exactly what I do
Everything

¿Qué estás haciendo aquí?

¿Qué haces aquí?
¿Qué quieres?
¿Es música?
Podemos tocar música.
Pero quieres más.
Quieres algo & alguien nuevo.
¿Tengo razón?
Claro que sí.
Sé lo que quieres.
Quieres éxtasis.
Deseos y sueños.
Cosas que no son exactamente lo que parecen.
Te llevo por aquí, él tira por allá.
No le estoy cantando a una chica imaginaria.
Te estoy hablando a ti, a mí mismo.
Recreemos el mundo.
El lugar de la concepción está ardiendo.
Mira. El lugar de la concepción está ardiendo.
Mira. Míralo arder.
Disfruta de las cálidas brasas.
Eres demasiado joven para ser viejo
No necesitas que te lo digan
Quieres ver las cosas como son.
Sabes exactamente lo que hago
Todo...





De Pintura mal escrita mi memoria

JUAN ROMERO VINUEZA

Velas energía estática, Federico Gonzenbach (Guayaquil, 1956)

Variación respecto del El barco de los esqueletos de Óscar Barrientos Bradasie

Los barcos fantasmas existen. No solo en la mente de alcohólicos delirantes. Existen porque el viento debe llevar las noticias extinguidas a puertos seguros. A receptores más dignos, modernos y azules. Nunca fotos sin personas.

Mi abuelo no pudo ser náufrago porque no creía que los barcos fueran verdaderos medios de transporte.

Mi abuelo jamás se subió a un barco, ni a un avión, mucho menos a un cohete espacial.

Mi abuelo viajaba en mulas, en carretas, en trenes. Era un anciano huyendo de una guerra perdida.

Los barcos fantasmas llegan a puertos sin nombre, al sur de Argentina o al norte de Inglaterra. Barcos con una tripulación de muertos. Varios costales de huesos con los que se podrían decorar los patios de las casonas coloniales de Sudamérica.

Esqueletos que dirigen un navío sin destino, un viento que ya no tiene miedo, una razón menos para creer en una sola muerte.

Mi abuelo llegó hasta una cierta edad. Nunca se subió a un barco. No pensó que los barcos fantasmas podrían existir, porque no creía en los barcos ni en los fantasmas.

Mi abuelo murió de un derrame cerebral mientras operaba a alguien en su consultorio. Ese alguien también murió, en medio de la operación.

Los barcos fantasmas existen. Al igual que los muertos que los tripulan. La memoria existe, detrás de las fotos de los muertos. El barco Malborough se estancó unos días en las playas de Punta Arenas, Chile. El Malborough se marchó sin que nadie se diera cuenta. Ahora, tal vez, haya encallado en otro puerto con menor importancia.

Mi abuelo, en cambio, murió sin dejar más noticia que una llamada a mi padre para recordarle que debía comprar el pan con Coca-Cola para la noche. Ese día verían *Titanic*, una linda historia de amor, donde un navío se estrella, en la mitad de la nada, y desaparece.

Mi padre espera en la sala de estar. Está dormido, con los dedos aferrados a una funda llena de pan mohoso, y una Coca-Cola de tres litros intacta.

Los barcos fantasmas existen. Incluso, fuera de estos poemas. Están tripulados por un ejército de cadáveres que ni siquiera conocen mi nombre. Y que, probablemente, no les interesaría saberlo.

Caracteres de miseria en el V piso, Luigi Stornaiolo (1956) ~~Variación respecto de Mariel y el Capitán de Sui Génerois~~

Vivir en un edificio es complejo.
Más, si vives en el último piso.
Más, si debes subir en ascensor.
Más, si le temes a la caída.

La convivencia con los vecinos
de los pisos inferiores es sencilla.
Golpeteos con la escoba en el techo.
Peleas maritales. Gritos de bebés. Gatos
o perros pidiendo comida a las 3am.

42 Mi defensa es más austera todavía.
Levantarme temprano y leer noticias.
Caminar sin zapatos para no hacer ruido.
Echar agua a mis macetas, esperando que
la tierra mojada se desparrame por sus
ventanas. Si están abiertas, mejor.

La vida desde el quinto piso
solo existe en la observación.
Abajo, gente pequeña camina
hacia su destino. Las luces alumbran
la fría noche andina. Un ruido blanco
de autos que no diferencio a la distancia.

Las fiestas desde el quinto piso
solo existen gracias al riesgo.
Abajo, el pavimento a la espera.
La música muy alta molestando
a los vecinos. Los parlantes sugiriendo
que algo podría caer en cualquier momento.

Los vecinos que no viven en el quinto piso
solo existen para incomodar. Siempre es
mejor vivir en el último nivel. Nadie pisará
tu cabeza. Salvo que quieran colgar la ropa
en la terraza o dar un salto para investigar
cómo funciona la gravedad a 2885 msnm.

Para qué tener vecinos
si podemos tener ventanas.
Para qué tener ventanas
si podemos tener un par de piernas.
Para qué tener un par de piernas
si podemos tener ascensores.
Para qué tener ascensores
si no le tememos a la caída.

Para qué vivir en el quinto piso
si la vista desde la terraza es aún mejor.



El toro y el cóndor, Estuardo Maldonado (Pintag, 1928)
La memoria tropieza con la leyenda urbana de
La casa 1028 del Centro de Quito a Patricia Vinueza

Obviamente, en este poema hay una niña.
La niña no es hija única, pero sí es la única hija.
Tiene una muñeca que más bien es un muñeco.
Su nombre es Andrew, pero se pronuncia Andriú.

La muñeca de la niña no tiene ropa, ni tampoco
sexo. Eso sí, está desnuda ante los ojos de dios.
No tiene vergüenza alguna porque fue creada por
el hombre. O, más bien, por algún niño asiático
en condiciones de esclavitud posmoderna.

Al padre de la niña no le importa esto.
O quizás, simplemente, no lo sabe.
Lleva a su hijita a las corridas de toros,
los domingos por la tarde, junto con sus
cuatro hermanos. Todos se aburren.

La niña veía a los toros y a los toreros.
Se preguntaba sobre su particular vestimenta.
Esbeltos y con el traje pegado al cuerpo,
realizando ademanes femeninos dentro
de lo que su masculinidad les permitiese.

Siempre llevaba a su muñeco a las corridas.
Andriú era el mejor amigo de la niña.
Andriú era la mejor amiga de la niña.
Sus padres querían que le cambiara de nombre
a uno, quizás, más adecuado. Algo así como
Josefina o Francisca o, mejor aún, Aurora.

No conforme con dicha imposición, la niña
pensó que lo mejor para su muñeca sería la
muerte.

No conforme con dicha imposición, la niña
pensó en deshacerse de su mejor amigo
y lo aventó a la arena. Por error, el toro lo
embistió y su cuerno perforó el ojo del juguete.

Muñeca-muñeco sin ojos.

Muñeca Edipo.

Muñeco Edipa.

Juguete desnudo ante los ojos
desnudos de algún dios.

En este poema la niña no se llama Aurora
y su muñeca tampoco. En este poema la niña
no muere embestida por un toro, ni nadie se
desangra. En este poema, por el contrario, se
demuestra que los juguetes no se parecen a sus
dueños. Y que tampoco pueden morir si un
cuerno les atraviesa el cráneo.

*** Textos tomados de *Pintura mal escrita mi
memoria* (inédito)



CUE
NTO

La Entrevista en Guayaquil

(ESTAMPA AMERICANA)

JOAQUÍN GALLEGOS
LARA

48

Las cortas ondas de la ría se agitan turbias. Sentado cerca de la popa del bote, el General San Martín, vestido de uniforme azul oscuro, mira sin fijarse los muelles, las balsas, la orilla fangosa. Busca con los ojos al General Bolívar. Canoas y lanchas bogan en torno. El iris de la bandera colombiana y el blanco y celeste de Guayaquil y de Argentina se mezclan en los gallardetes. ¿Cuál de los militares que se agrupan en el muelle es Bolívar? Cree que sólo al verlo lo identificará de golpe. Presiente que ha de ser un soldado de ojos sanguíneos, piel morena y nariz de pico de cóndor. Pero ¿no es el cóndor tan argentino como colombiano? ¿No es en los Andes argentinos donde se ha ganado Chacabuco y perdido Cancha Rayada?

IMAGEN: WWW.CLARIN.COM



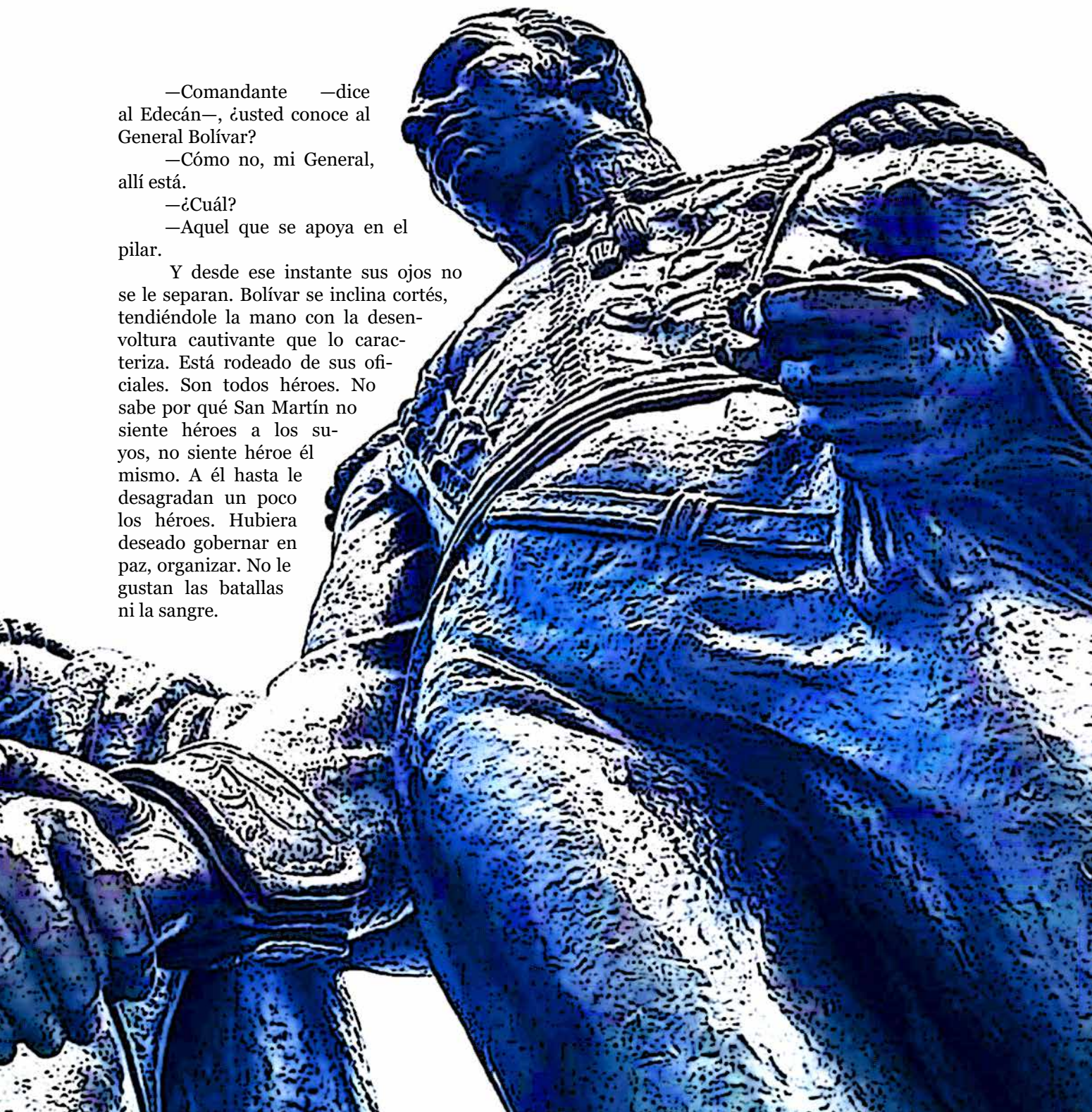
—Comandante —dice
al Edecán—, ¿usted conoce al
General Bolívar?

—Cómo no, mi General,
allí está.

—¿Cuál?

—Aquel que se apoya en el
pilar.

Y desde ese instante sus ojos no
se le separan. Bolívar se inclina cortés,
tendiéndole la mano con la desen-
voltura cautivante que lo carac-
teriza. Está rodeado de sus ofi-
ciales. Son todos héroes. No
sabe por qué San Martín no
siente héroes a los su-
yos, no siente héroe él
mismo. A él hasta le
desagradan un poco
los héroes. Hubiera
deseado gobernar en
paz, organizar. No le
gustan las batallas
ni la sangre.



Detesta el ambiente de cuartel. Pero la vida exige. Ha tenido que guerrear. Y que vencer. Mas, si ha vencido es porque ha jugado las batallas como partidas de ajedrez, las ha trazado como cálculos matemáticos. ¿No era él el mejor matemático entre los cadetes de la Escuela del Rey, en Cádiz? Ahora es el jefe de los ejércitos argentinos. Mañana, tal vez, el primer magistrado de la paz argentina.

En cambio, mi General Bolívar ¿qué se hará cuando cesen las guerras? Dicen que en Cúcuta ha dictado una Constitución admirable. ¿Podría volverse un gran gobernante demócrata, un Washington? No, la América Española no es los Estados Unidos. Hay aquí, en nuestra América, y especialmente en Colombia, demasiados generales mulatos y salvajes, demasiados soldados analfabetos y demasiados gamonales y clérigos, moviéndolos, para que surja una democracia como la del Norte. Tampoco podrán florecer las monarquías en este nuevo mundo, arrancado a la nada como un sueño. ¿Y entonces? San Martín se hace esta pregunta como quien se agacha sobre un abismo, el abismo del porvenir americano.

—¡Mi General, es una satisfacción, es un honor único!

—¡He aguardado con ansia este día de mi vida!

San Martín es más alto; Bolívar, más esbelto. Una corrección de acero y de finura se perfila en la persona pulcra del argentino. Un desafío grácil que no llega al descuido, aureola de impremeditación y de genio al colombiano. Sonríen al estrecharse enérgicas las manos. Cae a plomo el sol radiante del Guayaquil luminoso sobre los uniformes y sobre las espadas.

El pueblo de Guayaquil ha hecho el 9 de Octubre. Ha dado sin contar, soldados para el ejército de Bolívar. Ha combatido en Yaguarachi y vencerá, en Pichincha. De los pisos bajos vecinos al lodo, de las covachas a la sombra de los algarrobos, salen hombres y mujeres morenos, aceitunados de paludismo, con avidez de ver a los héroes de América.

Para San Martín se confunde la impresión cálida de la ciudad tropical, hecha de sombra azul y de sol, con la acogida del hombre que lo recibe como huésped. Experimenta cierta amargura de ser recibido y no recibir él. Y desconfianza oculta. El tuvo la delicadeza de aguardar en Lima. Bolívar le presenta el hecho consumado de su presencia en el puerto astillero mayor de la mar del sur, la presa codiciada desde siglos por los piratas, y que será colombiana.

Pero es imposible guardar rencor al hombre alegre que destierra solemnidades con la cordialidad con que lo acoge. No puede sostenerle la fría, la casi hostil cortesía que deseara. San Martín es sincero, modesto y bueno. Está ya admirando al soldadote al que preveía detestar. ¡Tiene tan leal sonrisa, tantos sueños grandes y tanta fuerza para realizar los sueños, mi General Bolívar!

La casa donde se realiza la entrevista es de techo de tejas, de amplios balcones coloniales y cortinas de lienzo como velas de barco. Una palma de coco la sombrea. Las habitaciones guardan un vago olor de crudas maderas tropicales. A solas, los dos hombres a ratos callan, a ratos hablan con vehemencia. Algunas veces ríen. El eco de sus voces distintas en los cuartos sonoros se vuelve plástico, casi se podría tocar.

—¡El porvenir y la libertad de América, mi General! —dice Bolívar.

—¿Y la paz y el orden? —responde San Martín.

Sus juventudes han sido parecidas como todas las de los años heroicos. Han leído los mismos libros y han hecho los mismos viajes. Los españoles se llevaban el oro y la plata de México y del Alto Perú. Las aduanas de Buenos Aires enriquecían a los oidores y virreyes. Los galeones cargados de cacao que salían de Guayaquil para Sevilla, debían hacer escala en Acapulco, por obra y gracia de la centralización y del capricho. ¿Y qué decir de los azotes y el cepo a los negros y los indios en las haciendas? A ellos, americanos, les dolía. No se podía tolerar más. América ha luchado y ha vencido. Es libre. ¿Qué va a hacer con su libertad?

—En ocasiones me pregunto si no aramos en el mar... Es cuando reflexiono demasiado. Por eso prefiero reflexionar sólo lo suficiente para hacer.

—¿Qué harán de nuestra obra? Debemos organizar el porvenir.

—¿Cómo? La vida desborda toda previsión. Pero mi estrella dice que América seguirá marchando hacia la libertad.

—¿Y la paz y la felicidad de los pueblos?

—¿Y está usted seguro, mi general, de que la paz vale algo sin la libertad?

Al llegar la noche han conferenciado tres veces. Las ideas de Bolívar han asombrado y desengañado a San Martín. Bolívar acaso se siente defraudado al encontrar prejuicios en el único hombre a



IMAGEN: WWW.INFOBAE.COM



quien cree su par en América, a quien juzga, al menos, la segunda personalidad después de él.

Mas, ya en la noche que ha refrescado el aire tostado de la ciudad, los dos se sienten de nuevo aproximados. Al fin son ellos la esperanza vislumbrada por algunos millones de hombres en el continente. ¿Se separarán en desacuerdo?

Y mañana se separarán. Mañana los malos hijos de Colombia y los buenos hijos de Argentina, los lanzarán al ostracismo y al olvido. Mañana es Santa Marta y Boulogne Sur Mer, y sobre el caos americano el tropel chúcaro de los generales mulatos y los gamonales descendientes de la España negra. Mañana, en otro mañana, nuevos hombres, bajo el signo de la estrella bolivariana, volverán a hablar de la Libertad.

Ahora, en la fragante noche del trópico, antes de ir a la fiesta que les ofrecen, donde beberán Jerez y bailarán con las pálidas criollas, Bolívar y San Martín oyen a los lejos gemir una tosca guitarra: bruscamente perciben que es el mismo su destino, experimentan la fraternidad viril de su camaradería, se miran a la cara y se comprenden.

Pablo Echarri como José de San Martín y Anderson Ballesteros como Simón Bolívar, en el filme argentino-colombiano El Encuentro de Guayaquil (2015).

IMAGEN: IDENTIDAD-CULTURAL.COM.AR





Gua ya quil

JORGE LUIS BORGES

N

o veré la cumbre del Higueroa duplicarse en las aguas del Golfo Plácido, no iré al Estado Occidental, no descifraré en esa biblioteca, que desde Buenos Aires imagino de tantos modos y que tiene sin duda su forma exacta y sus crecientes sombras, la letra de Bolívar.

Releo el párrafo anterior para redactar el siguiente y me sorprende su manera que a un tiempo es melancólica y pomposa. Acaso no se puede hablar de aquella república del Caribe sin reflejar, siquiera de lejos, el estilo monumental de su historiador más famoso, el capitán José Korzeniovski, pero en mi caso hay otra razón. El íntimo propósito de infun-

dir un tono patético a un episodio un tanto penoso y más bien baladí me dictó el párrafo inicial. Referiré con toda probidad lo que sucedió; esto me ayudará tal vez a entenderlo. Además, confesar un hecho es dejar de ser el actor para ser un testigo, para ser alguien que lo mira y lo narra y que ya no lo ejecutó.

El caso me ocurrió el viernes pasado, en esta misma pieza en que escribo, en esta misma hora de la tarde, ahora un poco más fresca. Sé que tendemos a olvidar las cosas ingratas; quiero dejar escrito mi diálogo con el doctor Eduardo Zimmermann, de la Universidad del Sur, antes que lo desdibuje el olvido. La memoria que guardo es aún muy vívida.

Para que mi relato se entienda, tendré que recordar brevemente la curiosa aventura de ciertas cartas de Bolívar, que fueron exhumadas del archivo del doctor Avellanos, cuya Historia de cincuenta años de desgobierno, que se creyó perdida en circunstancias que son del dominio público, fue descubierta y publicada en 1939 por su nieto el doctor Ricardo Avellanos. A juzgar por las referencias que he recogido en diversas publicaciones, estas cartas no ofrecen mayor interés, salvo una fechada en Cartagena el 13 de agosto de 1822, en que el Libertador refiere detalles de su entrevista con el general San Martín. Inútil destacar el valor de este documento en el que Bolívar ha revelado, siquiera parcialmente, lo sucedido en Guayaquil. El doctor Ricardo Avellanos, tenaz opositor del oficialismo, se negó a entregar el epistolario a la Academia de la Historia y lo ofreció a diversas repúblicas latinoamericanas. Gracias al encomiable celo de nuestro embajador, el doctor Melazat, el gobierno argentino fue el primero en aceptar la desinteresada oferta. Se convino que un delegado se trasladaría a Sulaco, capital del Estado Occidental, y sacaría copia de las cartas para publicarlas aquí. El rector de nuestra Universidad, en la que ejerzo el cargo de titular de Historia Americana, tuvo la deferencia de recomendar-me al ministro para cumplir esa misión; también obtuve los sufragios más o menos unánimes de la Academia Nacional de la Historia, a la que pertenezco. Ya fijada la fecha en que me recibiría el ministro, supimos que la Universidad del Sur, que ignoraba, prefiero suponer, esas decisiones, había propuesto el nombre del doctor Zimmermann.

Trátase, como tal vez lo sepa el lector, de un historiógrafo extranjero, arrojado de su país por el Tercer Reich y ahora ciudadano argentino. De su labor, sin duda benemérita, sólo he podido examinar una vindicación de la república semítica de Cartago, que la posteridad juzga a través de los historiadores romanos, sus enemigos, y una suerte de ensayo que sostiene que el gobierno no debe ser una función visible y patética. Este alegato mereció la refutación decisiva de Martín Heidegger, que demostró, mediante fotocopias

de los titulares de los periódicos, que el moderno jefe de estado, lejos de ser anónimo, es más bien el protagonista, el corega, el David danzante, que mima el drama de su pueblo, asistido de pompa escénica y recurriendo, sin vacilar, a las hipérboles del arte oratorio. Probó asimismo que el linaje de Zimmermann era hebreo, por no decir judío. Esta publicación del venerado existencialista fue la inmediata causa del éxodo y de las trashumantes actividades de nuestro huésped.

Sin duda, Zimmermann se había trasladado a Buenos Aires para entrevistarse con el ministro; éste me sugirió personalmente, por intermedio de un secretario, que hablara con Zimmermann y lo pusiera al tanto del asunto, para evitar el espectáculo ingrato de dos universidades en desacuerdo. Accedí, como es natural. De vuelta a casa, me dijeron que el doctor Zimmermann había anunciado por teléfono su visita, a las seis de la tarde.

Vivo, según es fama, en la calle Chile. Daban exactamente las seis cuando sonó el timbre.

Yo mismo, con sencillez republicana, le abrí la puerta y lo conduje a mi escritorio particular. Se detuvo a mirar el patio; las baldosas negras y blancas, las dos magnolias y el aljibe suscitaban su verba. Estaba, creo, algo nervioso. Nada singular había en él; contaría unos cuarenta años y era algo cabezón. Lentes ahumados ocultaban los ojos; alguna vez los dejó sobre la mesa y los retomó. Al saludarnos, comprobé con satisfacción que yo era el más alto, e inmediatamente me avergoncé de tal satisfacción, ya que no se trataba de un duelo físico ni siquiera moral, sino de una mise au point quizá incómoda. Soy poco o nada observador, pero recuerdo lo que cierto poeta ha llamado, con fealdad que corresponde a lo que define, su torpe aliño indumentario. Veo aún esas prendas de un azul fuerte, con exceso de botones y de bolsillos. Su corbata, advertí, era uno de esos lazos de ilusionista que se ajustan con dos broches elásticos.

Llevaba un cartapacio de cuero que presumí lleno de documentos. Usaba un mesurado bigote de corte militar; en el curso del coloquio encendió un cigarro y sentí entonces que había demasiadas cosas en esa cara. Trop meublé, me dije.

Lo sucesivo del lenguaje indebidamente exagera los hechos que indicamos, ya que cada palabra abarca un lugar en la página y un instante en la mente del lector; más allá de las trivialidades visuales que he enumerado, el hombre daba la impresión de un pasado azaroso.

Hay en el escritorio un retrato oval de mi bisabuelo, que militó en las guerras de la Independencia, y unas vitrinas con espadas, medallas y bande-

ras. Le mostré, con alguna explicación, esas viejas cosas gloriosas; las miraba rápidamente como quien ejecuta un deber y completaba mis palabras, no sin alguna impertinencia, que creo involuntaria y mecánica. Decía, por ejemplo:

—Correcto. Combate de Junín. 6 de agosto de 1824. Carga de caballería de Juárez.

—De Suárez —corregí.

Sospecho que el error fue deliberado. Abrió los brazos con un ademán oriental y exclamó:

—¡Mi primer error, que no será el último! Yo me nutro de textos y me trabuco; en usted vive el interesante pasado.

Pronunciaba la ve casi como si fuera una efe.

Tales zalamerías no me agradaron. Más le interesaron los libros. Dejó errar la mirada sobre los títulos casi amorosamente y recuerdo que dijo:

—Ah, Schopenhauer, que siempre descreyó de la historia... Esa misma edición, al cuidado de Grisebach, la tuve en Praga, y creí envejecer en la amistad de esos volúmenes manuales, pero precisamente la historia, encarnada en un insensato, me arrojó de esa casa y de esa ciudad. Aquí estoy con usted, en América, en la grata casa de usted...

Hablaba con incorrección y fluidez; el perceptible acento alemán convivía con un ceceo español.

Ya estábamos sentados y aproveché lo dicho por él, para entrar en materia. Le dije:

—Aquí la historia es más piadosa. Espero morir en esta casa, en la que he nacido. Aquí trajo mi bisabuelo esa espada, que anduvo por América; aquí he considerado el pasado y he compuesto mis libros. Casi puedo decir que no he dejado nunca esta biblioteca, pero ahora saldré al fin, a recorrer la tierra que sólo he recorrido en los mapas.

Atenué con una sonrisa mi posible exceso retórico.

—¿Alude usted a cierta república del Caribe? —dijo Zimmermann.

—Así es. A ese viaje inmediato debo el honor de su visita —le respondí.

Trinidad nos sirvió café. Proseguí con lenta seguridad:

—Usted ya sabrá que el ministro me ha encomendado la misión de transcribir y prologar las cartas de Bolívar que un azar ha exhumado del archivo del doctor Avellanos. Esta misión corona, con una suerte de dichosa fatalidad, la labor de toda mi vida, la labor que de algún modo llevo en la sangre.

Fue para mí un alivio haber dicho lo que tenía que decir. Zimmermann no pareció haberme oído; sus ojos no miraban mi cara sino los libros a mi espalda. Asintió con vaguedad y luego con énfasis:

—En la sangre. Usted es el genuino historiador. Su gente anduvo por los campos de América y libró las grandes batallas, mientras la mía, oscura, apenas emergía del ghetto.

Usted lleva la historia en la sangre, según sus elocuentes palabras; a usted le basta oír con atención esa voz recóndita. Yo, en cambio, debo transferirme a Sulaco y descifrar papeles y papeles acaso apócrifos. Créame, doctor, que lo envidio.

Ni un desafío ni una burla se dejaba traslucir en esas palabras; eran ya la expresión de una voluntad, que hacía del futuro algo tan irrevocable como el pasado. Sus argumentos fueron lo de menos; el poder estaba en el hombre, no en la dialéctica. Zimmermann continuó con una lentitud pedagógica:

—En materia bolivariana (perdón, sanmartiniana) su posición de usted, querido maestro, es harto conocida. Votre siège est fait. No he deletreado aún la pertinente carta de Bolívar, pero es inevitable o razonable conjeturar que Bolívar la escribió para justificarse. En todo caso, la cacareada epístola nos revelará lo que podríamos llamar el sector Bolívar, no el sector San Martín. Una vez publicada, habrá que sopesarla, examinarla, pasarla por el cedazo crítico y, si es preciso, refutarla. Nadie más indicado para ese dictamen final que usted, con su lupa. ¡El escalpelo, el bisturí, si el rigor científico los exige! Permítame asimismo agregar que el nombre del divulgador de la carta quedará vinculado a la carta. A usted no le conviene, en modo alguno, semejante vinculación. El público no percibe matices.

Comprendo ahora que lo que debatimos después fue esencialmente inútil. Acaso entonces lo sentí; para no hacerle frente, me así de un pormenor y le pregunté si en verdad creía que las cartas eran apócrifas.

—Que sean de puño y letra de Bolívar —me contestó— no significa que toda la verdad esté en ellas. Bolívar puede haber querido engañar a su correspondiente o, simplemente, puede haberse engañado. Usted, un historiador, un meditativo, sabe mejor que yo que el misterio está en nosotros mismos, no en las palabras.

Esas generalidades pomposas me fastidiaron y observé secamente que dentro del enigma que nos rodea, la entrevista de Guayaquil, en la que el general San Martín renunció a la mera ambición y dejó el destino de América en manos de Bolívar es también un enigma que puede merecer el estudio.

Zimmermann respondió:

—Las explicaciones son tantas... Algunos conjeturan que San Martín cayó en una celada; otros, como Sarmiento, que era un militar europeo, extraviado en un continente que nunca comprendió; otros, por lo general ar-

gentinos, le atribuyeron un acto de abnegación; otros, de fatiga. Hay quienes hablan de la orden secreta de no sé qué logia masónica.

Observé que, de cualquier modo, sería interesante recuperar las precisas palabras que se dijeron el Protector del Perú y el Libertador.

Zimmermann sentenció:

—Acaso las palabras que cambiaron fueron triviales. Dos hombres se enfrentaron en Guayaquil; si uno se impuso, fue por su mayor voluntad, no por juegos dialécticos. Como usted ve, no he olvidado a mi Schopenhauer.

Agregó con una sonrisa:

—Words, words, words. Shakespeare, insuperado maestro de las palabras, las desdeñaba. En Guayaquil o en Buenos Aires, en Praga, siempre cuentan menos que las personas.

En aquel momento sentí que algo estaba ocurriéndonos o, mejor dicho, que ya había ocurrido. De algún modo ya éramos otros. El crepúsculo entraba en la habitación y yo no había encendido las lámparas. Un poco al azar, pregunté:

—¿Usted es de Praga, doctor?

—Yo era de Praga —contestó.

Para rehuir el tema central observé:

—Debe ser una extraña ciudad. No la conozco, pero el primer libro en alemán que leí fue la novela El Golem de Meyrink.

Zimmermann respondió:

—Es el único libro de Gustav Meyrink que merece el recuerdo. Más vale no gustar de los otros, hechos de mala literatura y de peor teosofía. Con todo, algo de la extrañeza de Praga anda por ese libro de sueños que se pierden en otros sueños. Todo es extraño en Praga o, si usted prefiere, nada es extraño. Cualquier cosa puede ocurrir. En Londres, en algún atardecer, he sentido lo mismo.

—Usted —respondí— habló de la voluntad. En los Mabinogion, dos reyes juegan al ajedrez en lo alto de un cerro, mientras abajo sus guerreros combaten. Uno de los reyes gana el partido; un jinete llega con la noticia de que el ejército del otro ha sido vencido.

La batalla de hombres era el reflejo de la batalla del tablero.

—Ah, una operación mágica —dijo Zimmermann.

Le contesté:

—O la manifestación de una voluntad en dos campos distintos. Otra leyenda de los celtas refiere el duelo de dos bardos famosos. Uno, acompañándose con el arpa, canta desde el crepúsculo del día hasta el crepúsculo de la

noche. Ya bajo las estrellas o la luna, entrega el arpa al otro. Éste la deja a un lado y se pone de pie. El primero confiesa su derrota.

—¡Qué erudición, qué poder de síntesis! —exclamó Zimmermann.

Agregó, ya más serenado:

—Debo confesar mi ignorancia, mi lamentada ignorancia, de la materia de Bretaña.

Usted, como el día, abarca el Occidente y el Oriente, en tanto que yo estoy reducido a mi rincón cartaginés, que ahora complemento con una pizca de historia americana. Soy un mero metódico.

El servilismo del hebreo y el servilismo del alemán estaban en su voz, pero sentí que nada le costaba darme la razón y adularme, dado que el éxito era suyo.

Me suplicó que no me preocupara de las gestiones de su viaje. (Tratativas fue la atroz palabra que usó.) Acto continuo, sacó del portafolio una carta dirigida al ministro, donde yo le exponía los motivos de mi renuncia, y las reconocidas virtudes del doctor Zimmermann, y me puso en la mano su estilográfica para que la firmara. Cuando guardó la carta, no pude dejar de entrever su pasaje sellado para el vuelo Ezeiza-Sulaco.

Al salir, volvió a detenerse ante los tomos de Schopenhauer y dijo:

—Nuestro maestro, nuestro común maestro, conjeturaba que ningún acto es involuntario. Si usted se queda en esta casa, en esta airosa casa patri-
cia, es porque íntimamente quiere quedarse. Acato y agradezco su voluntad.

Acepté sin una palabra esta limosna última.

Fui con él hasta la puerta de calle. Al despedirnos, declaró:

—Excelente el café.

Releo estas desordenadas páginas, que no tardaré en entregar al fuego. La entrevista había sido corta.

Presiento que ya no escribiré más. Mon siège est fait.



MUNDO EN LLAMAS

GUSTAVO ADOLFO BEDOYA

63

M

i nombre es Mario, tengo doce años y me gustan los videojuegos. Me gustan más que el helado: se tenía que decir y se dijo. No conozco a nadie en el mundo tan “poseído” como yo, o eso dice mamá: “Te vas a quedar ciego, deja de jugar y comparte con nosotros”. A veces le respondo “Oblígame”, y no pasa nada; pero con papá debe ser distinto y prefiero no averiguarlo: no, nunca, *never*, paso, siguiente, *next*.

Debo concentrarme: Harry Potter no se va a leer solo y a mí no me gusta ni en videojuego; creo que con eso lo he dicho todo.

Escucho las botas de papá y luego lo veo entrar a mi cuarto. Abre la puerta como si fuera su habitación. Escanea todo el lugar. No sé qué es lo que ha visto pero creo que debo inventar una excusa; por suerte es él quien habla: “¿Y la clase?”, “Empieza a las ocho”, le digo. “No le vaya a abrir la puerta a nadie. Voy a ir con su mamá al hospital porque amaneció enferma.” No respondo. “¡Que no me vaya a dar cuenta que se la pasó jugando!” “No, señor.”

Sale sin cerrar la puerta.

Van a ir hasta al hospital, eso significa que tengo como una hora, creo. Podría terminar de jugar *Mundo en llamas*. Me falta el combate final. Lo repienso, pero faltan cinco minutos para la clase de Mr. Dull. Dos horas seguidas: ¿a quién se le ocurrió semejante barbarity? Escucho a mamá que se queja y a papá que le dice que deje de llorar. Al salir de casa, azota la puerta.

He tomado una decisión. No ha sido fácil: enciendo el PC y abro la plataforma: “Good morning, teacher”, decimos. “Good morning, everyone. How are you?” “Fine, thank you, and you?” respondemos. Escucho su respuesta. “Ok, Mr. Dummy,” lo digo sin encender el micrófono. Como ya dije, he tomado una decisión: acomodo el audio, minimizo la plataforma y abro *Mundo en llamas*.

Empieza a cargar. Se demora porque es pesado. Miro las paredes de mi cuarto para que el juego no sienta mi impaciencia. En los afiches se lee: “El mejor videojuego del milenio.” Me salto la Intro, busco las partidas guardadas. Una sola pelea y habré terminado.

Dicen que este año saldrá a la venta *Mundo en llamas II*. Menos mal tengo clases virtuales, de lo contrario no hubiera podido adelantar tanto. Por fin empiezo a jugar. El teacher quiere que repasemos los pronombres; eso significan quince minutos para buscar a mi enemigo y acabar con él. Él ha hecho del mundo un infierno, asesinó a mi esposa y a mi hijito. Mi nombre es Waruiko y ahora es personal.

Avanzo recogiendo medicina. Mr. Dumbass ha regresado; y mi enemigo aparece de la nada: siempre ha estado allí. Enciendo el micrófono y repetimos: “I, You, He”; mientras lanzo un uppercut y otro, pero no son suficientes. Me protejo. “She, It, We, They.” Mi vida empieza a disminuir y pierdo. Como siempre, ahora quiere que hagamos una presentación.

Creo que va a ser difícil porque no logro sacar los golpes especiales. El

problema es esta clase, como si la necesitara. Yo ya sé inglés: play, star, game over... Tampoco necesito Geografía porque he perseguido a mi enemigo por todo el mundo: Japón, China, India, Brasil, Estados Unidos y ahora San Petersburgo, Rusia. Y soy el mejor en Competencia Digital, siempre le ayudo a la profesora, ella es la mejor, la única. El de Literatura dice que no tiene tiempo para "jueguitos": ¡la decepción! Harry Potter y el secreto del profe que sólo juega en nivel easy. Dice que no estudio, pero tengo trece materias. El solo estudió literatura en la universidad, así es muy fácil. Que los videojuegos me hacen violento, como si a él el Monopoly lo hubiera hecho millonario.

Hago tronar mis dedos, froto mis ojos para no parpadear, estiro mi cuello como un pro. El fin de semana estuve cerca de ganar, pero tuve un problema: no fueron mis habilidades, fue la conexión que empezó a fallar y el juego se ralentizó y aparecieron bugs; lo juro. Me quería morir. Me salí sin guardar porque mamá había regresado del puesto de salud; se había caído, o algo así me dijo.

Están escribiendo en el chat. Parece que el teacher está hablando sin activar el micrófono, pero no tengo tiempo para burlas. Necesito terminar antes de que volvamos a clases presenciales. ¡Qué pereza! Yo prefiero las clases así. Incluso me va mejor. Antes iba perdiendo hasta Materia Fecal. En Educación Física nos hubieran obligado a jugar fútbol y yo no puedo ni en FIFA.

Al matón del salón sí le gusta el fútbol y siempre quiere jugar, pero con nuestras cabezas. Un día me empujó y vi que varios profesores vieron y se hicieron los que no habían visto. Me dio rabia, pero preferí irme. El problema fue que me buscó a la salida y me empujó hasta hacerme caer de espalda y quedé todo sucio.

Ni me intenté levantar. Me pateó un par de veces y se fue gritando: "Niño rata, niño rata. Y yo que llevaba meses sin jugar en línea. No me quité el polvo de encima. Solo quería llegar a casa y jugar. Estaba pensando en cómo sacar los golpes especiales cuando escuché gritar a papá. Estaban en la droguería de la esquina: a mamá le hacían una curación en el ojo. Papá se enojó porque estaba sucio. Lloré cuando le conté lo que había sucedido y se enojó más y me mandó al baño. Corrí pensando en *Mundo en llamas*. Cuando se le bajó la hinchazón mamá fue al colegio y le dijeron que la pelea había sucedido afuera del colegio y así ellos no podían hacer nada. Por estar pensando bobadas casi se me pasa el turno. Activo el micrófono: "Hello. My name is Mario. I am twelve years old and I like to play video games."

¡Son las nueve y media! No tengo tiempo. Necesito ganar. Es mi última oportunidad. No voy a permitir que me tomen por sorpresa. Le daré una secuencia de rechazos que lo van a noquear cinco veces antes de caer al suelo. Escuché que es el turno del matón: “I am catorce years old,” dice. Me río, me río a carcajadas y enciendo el micrófono para que se dé cuenta.

Mi risa hace eco. El profesor nos bloquea, nos regaña; pero tengo cosas más importantes... Me paro frente a mi enemigo: primer golpe, lo resiste; no espero que se recupere: segundo y tercer golpe, se tambalea; sigo golpeándolo hasta quedarme sin dedos; su vida disminuye lentamente. El teacher dice que está desilusionado. Logro una secuencia de puños y patadas. Quiero que caiga de espalda para rematarlo. Recuerdo: “catorce years old” y vuelvo a reírme. Un rechazazo. Una patada voladora. Hago que se caiga, no reacciona.

No he recibido ningún golpe, así que tendré una puntuación perfecta; pero ahora escucho que están abriendo la puerta y que discuten. Azota la puerta. Escucho sus botas. No reacciono. Un par de patadas contra el piso. Golpeo hasta el hueso. Debo ganar y recibir las felicitaciones de los creadores del juego; por encima de todo, debo esperar que se grabe la victoria, pero no podré en tan poco tiempo. Escucho las botas detrás de la puerta. Cuando me vea jugando me castigará. No me importa, no sería la primera vez. Por suerte ya no tengo que ir al colegio ni encender la cámara: nadie se volverá a dar cuenta. Ya me imagino el llanto de mamá y las súplicas; pero ahora lo más importante es ganar.



ENTREVISTA



CUESTIONARIO

Proust-Pivot

RESPONDE

Carolina Andrade

M

arcel Proust, el más entrañable y exquisito de los novelistas, llenó un cuestionario cuando era adolescente que pasaría a la historia, con algunas modificaciones, como *el cuestionario de Proust*. El cuestionario fue dado a Proust por su amiga Antoinette Faure, la hija del presidente de Francia, como parte de su *álbum de confesiones*, lo que el sitio Brain Pickings llama *la versión victoriana de los tests de personalidad actuales*.

Las preguntas forman un espectro bastante completo de la personalidad, desde las aspiraciones hasta la sensibilidad y, con el alto linaje de Proust, fueron retomadas por el conductor de televisión Bernard Pivot, quien administró el cuestionario a sus invitados, como una especie de lubricante. Más tarde la revista Vanity Fair lo incorporó con éxito.

Originalmente Proust había respondido a menos preguntas (las cuales fueron redactadas originalmente en inglés), pero ya teniendo más de 20 años respondió a un cuestionario similar con algunas añadidas.

La pregunta 31 y siguientes están basadas en el cuestionario que James Lipton hizo popular en su *Inside the Actors Studio*, y que originalmente proviene de Bernard Pivot, un periodista francés cuyo programa *Bouillon de Culture* inspiró a Lipton.

001. ¿Principal rasgo de su carácter?

El sentido del humor (un poquito avinagrado).

002. ¿Qué cualidad aprecia más en un hombre?

La capacidad de tomar decisiones rápidas y/o la capacidad de mediar para evitar confrontaciones violentas.

003. ¿Y en una mujer?

La capacidad de mediar para evitar confrontaciones violentas y/o la capacidad de tomar decisiones rápidas.

004. ¿Qué espera de sus amigos?

Que me acompañen a vivir (ofrezco reciprocidad).

005. ¿Su principal defecto?

Sucumbir a la ansiedad.

006. ¿Su ocupación favorita?

Leer. Además de libros, también leo películas.

007. ¿Su ideal de felicidad?

Contar con una familia alegre y cariñosa que se reúna los domingos a comer cosas ricas.

008. ¿Cuál sería su mayor desgracia?

Que mis hijos sufrieran daño del que no pudieran recuperarse, con cuyas consecuencias no pudiesen lidiar.

009. ¿Qué le gustaría ser?

Música conmovedora. Que celebren a quien me compuso, que los más talentosos quieran interpretarme y que a todos les guste escucharme porque soy bella y estimulante.

010. ¿En qué país desearía vivir?

En el que combine menor violencia con mayor oferta cultural. Como se trata de una relación inestable, tocaría andar viajando de un país a otro.

011. ¿Su color favorito?

Verde.

012. ¿La flor que más le gusta?

Rosa amarilla.

013. ¿El pájaro que prefiere?

Las lechucitas de la costa ecuatoriana.

014. ¿Sus autores favoritos en prosa?

Flaubert, Kafka, Márai, Lispector.

015. ¿Sus poetas?

He leído muy poca poesía. Sería grosero escoger un nombre de un universo tan estrecho.

016. ¿Un héroe de ficción?

Atticus Finch.

017. ¿Una heroína?

Josephine March.

018. ¿Su compositor favorito?

En estos días, Ludovico Einaudi.

019. ¿Su pintor preferido?

Muy difícil escoger. Más que pintores, hay pinturas que amo. Joseph Turner.

020. ¿Su héroe de la vida real?

Un buen docente.

021. ¿Su nombre favorito?

Lyla.

022. ¿Qué hábito ajeno no soporta?

La charla insulsa.

023. ¿Qué es lo que más detesta?

La mezquindad (como ruindad y vileza).

024. ¿Una figura histórica que le ponga mal cuerpo?

Joseph Goebbels.

025. ¿Un hecho de armas que admire?

Ninguno. Ni la pelea entre David y Goliat tan siquiera.

026. ¿Qué don de la naturaleza desearía poseer?

Ser brisa fresca.

027. ¿Cómo le gustaría morir?

En mi cama, cerca de alguien que me quiera.

028. ¿Cuál es el estado más típico de su ánimo?

Alelamiento.

029. ¿Qué defectos le inspiran más indulgencia?

La cobardía y la ignorancia.

030. ¿Tiene un lema?

No.

031. ¿Cuál es tu palabra favorita?

“Mamá” o “mom”.

032. ¿Cuál es la palabra que menos te gusta?

Cualquiera que se refiera a las relaciones sexuales como acto de violencia.

033. ¿Qué es lo que más te causa placer?

La belleza.

034. ¿Qué es lo que te desagrada?

Sentirme encerrada en un espacio o una situación.

035. ¿Cuál es el sonido o ruido que más placer te produce?

Las carcajadas de mis hijos.

036. ¿Cuál es el sonido o ruido que te aborrece escuchar?

Sirenas de ambulancias.

037. ¿Cuál es tu mala palabra favorita?

Pendejo/a. Me parece un insulto cariñoso.

038. Aparte de tu profesión ¿qué otra profesión te hubiese gustado ejercer?

Artes plásticas.

039. ¿Qué profesión nunca ejercerías?

Contaduría.

040. ¿Tu droga favorita?

Coca cola.

041. Si reencarnaras en planta o animal, ¿qué serías?

Una elefanta de las que viven en manada y en ambiente natural.

042. Si el Cielo existiera y te encontraras a Dios en la puerta, ¿qué te gustaría que Dios te dijera al llegar?

“¡Hija!”

NOV
ELA

F R A G M E N T O



Bule var. Mani gua

FERNANDO
NIETO

Capítulo 2

La última vez que la vieron fue la semana pasada en la esquina de siempre. A su alrededor pululaban tipos de toda clase, sedientos de conocer las mieles de su amor, mito de consumo popular en la ciudad. Nadie recordaba cuál fue la primera noche de su arribo al parque. Nadie supo decir quién fue el primero que se atrevió a disfrutar de sus macizas carnes de mujer tropical. Su nombre sólo sugería un exotismo rutinario, Mireya. Alguien quiso presumir de un conocimiento anterior y fue desmentido públicamente una noche de imprevistos azares veraniegos.

Los eruditos, que nunca faltan, fetichizaron su presencia identificándola con La Maga, el adorable personaje de esa novela de Cortázar que en realidad en este pueblo pocos la han leído. Una corte de poetitas y poetastros quiso monopolizarla sin fortuna. Ella prefería a los locos de la noche, a los amanecidos por sobredosis y excesos etílicos, al lumpen en naufragio que nunca pudo dar el golpe maestro. Se iba con los chavos de la calle o con los indígenas que venden su folklor

artesanal en bares y restaurantes a la orilla. Después invitaba con religiosa presunción a lo Madonna en trance de salvamento, refugio y asilo de los desamparados, de las almas en descarrío.

A veces la tristeza era un denso nubarrón y la risa devastadora en sus labios era sólo una mueca amarga. Ni siquiera permitía que se le acercaran para acompañarla de regreso al hogar, como llamaba a su cuarto de hotel. Las chismosas entre blasfemias y escupitajos hilaban posibles causas con una sola conclusión: período menstrual, catastrófico y agobiador.

Desapareció una noche cualquiera. Sus formas envolventes en el aura de su sensualidad ya no se encuentran bajo la farola del parquecillo ni los hombres establecen su guardia en riguroso turno. Durante una semana volvieron para encontrarse con la desdicha de su ausencia. Los chismes corretean con terquedad de niño consentido y los caprichosos informes no son más que el berrinche colectivo de quienes no logran la resignación total. Lo único cierto es que no está.

Los sones jarocho, los boleros, las rancheras, ya no suenan igual. Las cantinas están mustias y las botanas tienen un mal sabor que vuelve más desabridos los limones. Incluso jugar dominó se ha convertido en algo insulso, sin chiste, intrascendente. No se grita con pasión cuando se ahorca la mula de seises ni se discute como si la vida se fuese en la mala jugada que condujo a la desolada derrota. Hasta la brisa no sopla y los postes han oscurecido de golpe. Ni un solo foco se prende.

Poco a poco el café recupera su vocinglera cotidianidad. Las camionetas policiales hacen sus rondas sabiendo de antemano que ya no encontrarán una sola mujer de vida airada, como dicen en la radio. Si hubo alguna vez una mujer que enloqueció al barrio debe haber sido hace mucho pero mucho tiempo. Hoy ha llegado una nueva luz. Nadie supo su nombre. Muy pronto alguien se acercará y le preguntará cuánto y se irán al hotel más cercano para empezar el nuevo mito de una mujer de carnes memorables cuyo nombre, por pura coincidencia, será Mireya y se instalará bajo la farola de la esquina en espera de sus fieles parroquianos.

Te envuelven los recuerdos cuando caminas por el breve malecón de La Puntilla. El cerco de la nostalgia te sitia y comienzas a situar algunas semejanzas. Justo el grupo Niche concluye su nota patrioterica y percibes que has caído en las simas de la soledad. Buscas la carpeta donde los poemas te van a colocar de nuevo en la realidad de la vida, te dices como quien repite la reverberante labia de la cursilería en flor. Lees despacio sin atreverte a poner alguna señal que remarque lo que para ti resulta importante y lees otra vez pero será tarde si persiste tu odiosa cotidianidad en alejarse de mi cuerpo, te sorprende la claridad de su expresión descubrir en nuestra desnudez

el significado que buscamos y el final te agarra desprevenido tan sólo la espesura de tus besos/ la humedad entre mis piernas/ señal de que existo entre tus brazos/ motivo suficiente para sentirnos vivos y dejar que la muerte momentánea nos visite.

Guardas las cuartillas y buscas su foto. La estudias como si se tratara de alguna prueba psicométrica. En realidad, tratas de ubicar algunos indicios que identifiquen tu cuarto, que haga posible reconocer tu cama, el pedazo de librero y la pared manchada por la humedad. Sabes que esa foto no se la vas a mostrar a nadie ni siquiera a ella. Vuelves a dejarla en la carpeta que te sirve de protector de libros y te percatas que la música hace mucho debió concluir. Repites el disco desde Cali pachanguero y te saltas “La negra no quiere” porque su coro te remueve ancestros que van más allá de melancolías y regresiones infantiles, o sea, están más acá del presente, de la vida y la muerte. Y entra de golpe Joe Cocker con “With a little help from my Friends” y ahora sí, te derrota el pasado por el brusco cambio de la divina salsa al militante rock de ya envejecidas luchas generacionales cuando lo único que pedías era otro chance para la paz, repitiendo la consigna de John Lennon. Quieres ser honesto, tratas de contestarte la ridícula pregunta de si después de todo lo vivido se justifica esto que ahora eres, más propiamente, esto que ahora somos. Lo dices y te encuentras rodeado de soledad, hundido en los presagios de fracasos y frustraciones que estos tiempos nada heroicos ni poéticos te endosan como factura por tu pertinaz y angustiada disidencia de los sacros valores sociales, uf. Harto de objetividad, reconoces que la criada de tus tíos siempre tuvo razón, lo único que importa es sacarle provecho a la vida y punto.

79

Sabes que le sacaste punta a la vida, aunque no supiste sacarle vida al provecho. Sabes que si todavía estás sobre el mundo es porque aún esperas que los sueños utópicos se conviertan en verdades, aunque no las llegues a ver. Te llamas al orden porque de nuevo recaes en los lemas ya desplazados hacia las ventoleras del olvido. “High time we went” te deposita en el naufragio de tus mejores atisbos de que la muerte sólo es la coda final de un largo blues que jamás podrás memorizar para tararear a tus nietos que de un día para otro te avisarán que ya crecieron y van al jardín de infantes y que desean conocerte, pero tú, revolcándote en la necia pudrición de tu abandono, esperarás que crezcan más para irlos a ver y no tener que hacerles historias de mejores muertos.

Te quedas con tus discos, con tus libros, con tu empecinada soledad más soledad ahora que ella se ha ido, que la volverás a ver después de sus exámenes, que te ha dejado el aroma de su cuerpo, el olor de su sexo, la tibieza de sus senos, la ternura de sus muslos, el aliento de su boca. La volverás a ver y te alegra el hecho de que todavía no estará podrida, dices y repites porque sabes que eso le agrada y acepta que se lo digas así cuando te refieres a su regla. Y la podrás besar y acariciar y lamer y chupar y, literalmente, mamar cuando llegue y se acueste hacia el lado izquierdo de tu cama

y se ponga encima tuyo y te pregunte si te duele al moverse con la reciedumbre de su juventud que te pertenece, y se sienta y se agita y te sacude el alma que, presumes, dices tenerla en el pene y te sientas y sin querer por un fugaz momento recuerdas la escena de El último tango en París, vuelves a concentrarte mientras tus dedos exploran el clavel de su ano y te reprochas lo cursi de la imagen pero no importa porque recorres sus caderas, tus manos se detienen en los talones y vuelves a recostarte y haces que ella se acueste reteniendo sus manos entre tus manos y entrecortadamente le dices que así querías verla que así querías tenerla que así deseabas poseerla. Vuelve a sentarse con un sacudimiento que anuncia su orgasmo en el preciso instante que los angelitos se te vienen y eyaculas al mismo tiempo sin que deje de maravillarte la coordinación, el adecuado sumirse en esa muerte enana que no los desampara cada vez que te unes a ella y empiezas por besarle la nuca, sus tetas, su ombligo, su vagina, sus rodillas. Ella se recupera y enciende un tabaquín. La miras preferir dejar el cigarro y acurrucarse sobre tu hombro y quedarse dormida como si la vida no fuese más que, te autocitas, que el simple hecho de un hombre y una mujer en procura de un catre.

Los desprevenidos muelles de la nostalgia achican la querencia. Los sitios para pernoctar los tristes desdenes son pocos. Uno busca el lugar más apartado para verter en los rincones su negra desesperanza, escribe a escondidas mientras los brindis por la victoria ensordecen la pus de los recuerdos. Una tras otra pido una cuba campechana puesta. Siempre hay un borrachín a mano que se chupa, textual, el trago con cola mientras doy cuenta del agua mineral. Cada vez llegan más y más parroquianos que se saludan con la doble complicidad de coincidir en la barra y festejar el milagro de ganar un partido después de treinta años. Las damas bailan sobre una mesa, les aplauden pidiéndoles que aligeren su vestimenta. No se puede, dicen, no se puede pero si quieres nos vamos al hotel y pasamos un rato sabroso.

Trato de escribir rápido. Las interrupciones son muchas, las meseras quieren saber qué estoy haciendo. Actos de onanismo, les digo y se quedan peor que antes, estructuralmente pendejas y con vista al mar. Me ven como si estuviera más loco que la puta madre de un político sin feria. Vuelvo a la tierra y les invito a una cerveza o a una cuba. Que no, gracias, que cuando trabajan no les permiten alternar con los clientes. Qué turros, digo y me doy cuenta que sin querer uso una expresión guayaquileña. Qué turros y tarareo lo que suena en la rocola, la fiesta sigue,/ sí, la fiesta sigue,/ dura si no se van, entro al remate: se fueron llorando,/ se fueron llorando,/ y se acabó la fiesta,/ se acabó la fiesta y otra vez el paseíto vallenato hace de las suyas con el acordeón y entra tierna, suave y dulce como mujer enamorada, la cumbia con rumores de ron y candela, abanicando silencios y desamores y el vaivén de las caderas y el motín de los

senos que quieren traspasar la limpia blusa de lino y el susurro de los pies levantando tempestades rítmicas mientras las velas retozan en la noche.

Despierto a la realidad. Un conato de bronca por culpa de Fernando Valenzuela concluye con los efusivos brindis porque les partimos la madre a los irlandeses y que vengan ahora los italianos para darles su chile. Me pregunto, si me sales parrandera te va a cortá la tijera,/ te va a cortá la tijera, que me pregunto y caigo en las provocaciones de la soledad, este pedazo de acordeón, ay,/ donde tengo el alma mía, reincido y juro que te extraño, juro que no dejo de pensarte, te hago lugar en el asiento de la ventana porque yo siempre pido el pasillo y trato de ver la película sobre la invasión a Panamá pero pueden más Jimi Hendrix y Janis Joplin, y si acaso no regreso por la tarde/ volveré en la mañana, reconozco que es cierto que no hay nada que jale más que una buena nalga de mujer, mi santa. Te pienso, te recuerdo, te deseo. A lo mejor fuiste al súper o te quedaste estudiando y me extrañas igual que yo a ti. Debo esperar. Releo ese poema que no es para el taller. Cito uno de tus versos, nostalgia de la playa cuando la ola se destruye.

Alguien canta una canción de Julio Jaramillo. La canta el capitán del ritmo, Daniel Santos. Pido otra cuba campechana y percibo la incoherencia de pedir una Cuba de Campeche. Ni don Juan de la Cabada podía haberlo mejorado en uno de esos raptos constantes de buen humor genial que padecía las veinticuatro horas diarias, sí señor. Y al borrachín de turno le regalo el trago amargo con su cola y me sirvo otro vaso de agua mineral para espantar la sed que la noche cada vez se pone más cachonda y zalamera como alcahueta de quinceañera en trance de rifar su virginidad sin mancha.

Tres tristes guitarreros ofrecen filosóficos boleros para supurar lapsus de amor que ni el más fiero machista arrabalero puede disimular sin que lo delate una lágrima extraviada en la copa rota del fracaso. Ya ni los billares sirven para restituir la varonía del abandono. Nada como el bolero, flor del desconsuelo de ese amor perdido en los laberintos de la desilusión. Sólo el bolero, confidente desentumecedor de la sensibilidad a ras de llanto. Que suelte la primera mentada quien no haya sufrido males por el desamor de una mujer coqueta y traicionera que se burló de nuestros sentimientos y cual calandria abandonó la jaula cuando pudo volar. Los boleros siguen machaconamente perjurando con misoginia que convoca a todos los resentidos por las penas de amor a enarbolar las banderas del desengaño viendo en cada mujer la enemiga a destruir la próxima vez, porque, edipismos aparte, sólo el amor de madre es verdadero y nunca nos abandona como documentan miles de incestuosos boleros hartos de la quejumbre machista que no pudo retener bajo su techo a la dueña de sus sueños más fervientes.

Es hora de cerrar gritan en la barra. Se apuran los últimos brindis. Nadie sabe por qué vino, qué lo trajo con la plástica banderita tricolor para siempre dormida entre escupitajos y aserrines con olor a pinoklín. Las mujeres terminan de hacer cuentas con

el dueño y se ponen de acuerdo con los favorecidos de sus mal que bien administrados bienes carnales. La noche, señoras y señores, la noche no termina. La noche continúa, más allá de esta cantina inmunda que cierra sus puertas, prosigue en un cuartito de hotel de película mexicana con pretensiones de realismo italiano. La noche, siempre, eterna mujer que nos seduce, que nos envuelve en el torbellino de sus muslos ardientes. La noche, nada menos, la noche.

Regreso a casa con la certeza de que no estás, que no estarás. me acompaña tu nombre al abrir el portón. Subo las escaleras y entro a mi cuarto cada vez más triste y solitario sin tu presencia, sin el tabaquín que fumas a medias, sin tu aroma de mujer. No me dejo arrastrar a los naufragios del desasosiego. Escribo el título de una novela de trágico humorismo porque, después de todo, no quiero llegar a radicalizar mi necesidad de ti. Me sé triste, solitario y final. Digo fin de una vez por todas a esta soledad que no me desampara, que no me suelta. Estás tú, cuento contigo. Simple, llanamente, cuento contigo. Contigo.

un corazón desierto una mitad de lágrima una mitad de llanto el escombros de un desvencijado mar que aturde con sus cuentos de piratas la señal hacia un orden desconocido por la muerte te saludo te nombro mi dulce bien amada mi bien mi oculto tesoro la enajenación de mis soledades claroscuro de una alborada ansiosa de besos al filo de la lluvia entre las sábanas con aroma de laureles y tamarindos y sollozos de placer cuando la madrugada asiste al último desplante ah el desplante de la piel sueño de amor al arribo de cobijas de sol para la novia para la virgen para la viuda para la amante atrás los vientos que soplan su mensaje Si alguien te pregunta a la altura de los adioses cuando el ruido de la calle es un eco de saltimbanquis y las ilusionistas del amor juegan su apuesta contra el sueño. Si alguien busca entre la tristeza de tus recuerdos bajo el rumor de piel que brota de tu sombra. Si alguien se condeue de morir sin cerrojos de bondad, debes inaugurar nuevas melancolías para la noche mientras tus amigas aligeran sus ropas y te esperan con la emoción reflejada en sus rostros y te conducen hacia las intimidades de una cama que ya no visitas contradictorio y esta sed de dolor y el audaz trino de canoros canarios dónde se habrá visto tanta fortaleza tanto ritmo en los cansinos pasos de anodinos anadones bajo el vientre de la bienaventuranza te digo que no es posible que se olviden de todas sus promesas si lo firmaron frente a la raza y las etnias de qué horizonte metafórico surgió entre penumbras de inexplicable dulzura Alguien que a lo mejor o peor eres tú se abandona a las utopías de los tálamos sospechosos de fidelidad que tanto te atraen y alzas las manos para rendirte al fuego de una vagina que enmiela tu lengua, que desborda los océanos, que naufraga al ser penetrada por ese horizonte que alguien, a lo mejor o a lo peor eres tú,

dirige contra sus labios en celo. Todo lo apuestas al filo de esa tierra que invita a los besos negros de la felicidad porque tus manos no llegan a mis manos porque tu boca no besa mi boca porque tus muslos no se abren debo supongo solicitar por oficio esa piedad de tu cuerpo para las urgencias de mi carne si nadie ha pedido permiso para cruzar los límites del desamor tal vez en otros tiempos fue costumbre verter rugientes vinos entre lisonjas por la castidad de la doncella que enalteció la santidad familiar que desde muy niña hizo entrever que su calvario son las tentaciones porque jamás llegarían a su alma milagrosa y en eso gol gol gollll gollllll golgollllgollllll El ritmo acelerado mientras la ducha resiste el nuevo desenlace. Apoyas sus manos en el lavabo, acomodas tu cuerpo, ella busca acodarse para que la descubras envuelta en sus aromas de almeja. La obviedad de alguien que con certeza eres tú es el secreto que la seduce, que la registra en el temblor de sus labios verticales. Rozas su cuello. Se desliza hacia el pene para lamerte con una descarga sabia en fugas y regresos. La nombras. La deletreas. Dices su nombre iay de mí! para que no vuelva a irse, para que te acompañe como hoy y no te desampare. Le rezas, oracionas su presencia para que no regrese a la doméstica paz del hogar de sus hijos, de su dominante esposo la patria está de fiesta la patria triunfa la patria es inmortal la patria es trina y catrina chupa mandarina con su madrina en la cantina la patria hijos míos no es un hospital donde yacen los despojos de la historia en términos corteses si alguien imaginó a su héroe favorito igual a las estatuas nunca supo la verdad esa verdad que revelaremos cuando el disfraz caiga de los rostros y podamos vernos sin temor ni rubor a los ojos pero esto ya es sermón de la montaña y la única importante es la chiapaneca que si a eso vamos ni el Olimpo se le compara digo por decir

Fíjese lic que la insultotea todititita la noche, sin darle reposo ni descanso al ánima divagante que por el limbo debe andar atarantada de tanta y tanta mentoteada que le acomoda minuto tras minuto sólo porque no le tiene calientes las tortillas para el refine de la pediza que se pone con los vagos esos de la cantina del sordo infame que diosito santo no se lo lleva y nos deja tranquilos. Porque fíjese lic que la culpa no es de estos pobrecitos chamacos que caen en el vicio sino de ese mardecido hombre del demonio que puso su congol con esas meseras que lo enseñan todo para tenerlos tan apendejados, disculpando la palabra, con sus pantaletas al aire y las chichis tócame pero no me chupes, diosito mío, lo que una ha tenido que vivir para ver todo este degenerere, esta profanación, madrecita del Tepeyac perdóname si te ofendo, pero la neta lic la neta, dónde vamos a parar con tanta modernidad y esos ruidos diabólicos que pasan por la radio y en la tele con esos vestiditos ¡Jesús! mejor ya ni se pongan nada si todo está a la vista. Ay lic pero no se quede ahí a lo menso, perdone la confianza, acérquese que ya mero empieza la lluvia y se le va a mojar hasta el alma si no se pone a resguardo. Como le estaba diciendo, toditas las noches se la pasa mienta que mienta, no sé de dónde saca tanta mentadera y no pasa ni un cinco y otra vez los insultos, no es que sea

metiche porque yo con ellos nunca he tenido ni un sí ni un no, pero es que los gritos se oyen clarísimo, ya ve usted como son estas paredes de cartón y periódicos, y otra vez las mentadas. Ella que al principio aguantaba vara calladita pero que le empieza a contestar y zas los sopapos, zas los caguamazos y ella aunque me mates jijodetureciclosa, zas y zas la chica madriza con que seguro le pone el hocico como culo de mandril recién cagado. Ay lic pero no sea tan tímido, toque con confianza que todo esto es suyo. Como que se tranquilizan un rato, y dice la vecina de al lado que tras la putiza se dan unos fajos que ni en el parque del Guanabaco se han visto y que se caldean a lo bestia metiéndose quién sabe cuánta porquería tienen a mano por todos los agujeros que el Señor nos ha puesto, bueno eso dice esa vieja zorra que todo lo sabe porque no se le pasa nada ni perdona a nadie que todo lo ve y escucha. Dice que tras los agarrones en la cama o en la hamaca, al filo de la mesa o en el lavadero, ella le dice que ya no más que ya está cansada que descansen un rato, él que ni madres y otra vez le surte a madrazos y va la corretiza de nuevo porque, dice la vecina a mí no me crea, esa es la forma de calentarla, de ponerse como carpa de circo para tenerla de patitas al hombro dándose el agasajo del siglo, así como usted lic me lo está haciendo rico y sabroso cómo baila el mambo entre mis piernas, ay lic ya ve y usted que ni quería que le contara, usted que ni quería que le ayudara con la reconstrucción de los hechos como dicen los culeros del ministerio público, ay lic pero no se detenga que ya me estoy viniendo, ya se me están subiendo los angelitos y eso que lo hizo con una sola mano, siga, siga por favor, mimiennntrasssss le cuento lo que sucede en el cuarto del fondo que ahí también tienen su historia, también hacen sus cochinadas a todo vapor porque los niños pueden darse cuenta, por eso dicen que estos son unos cuchitriles de mierda que se les renta muy caro, ay lic siga siga, ay licenciadito apúrese con los chones que ya se me viene la caballada y no voy a esperarlo más, ay lic, ay lic, por ahí no lic, por ahí no que después me arde y no puedo sentarme, ay pero no se fije, haga lo que usted quiera, que ya me estoy viniendo, ay, sí, sí sí, ay, así, así, reputísima, reputisísima madre, lic, aay, liccccc

Es posible que estos no sean tiempos de heroísmo
tal vez ni siquiera sepamos cómo desarrollar las nuevas historias que la posteridad espera escuchar o leer en envejecidos documentos

tal vez ni siquiera podamos encontrar algo de qué presumir a los
hijos de nuestros hijos

Un día escuché bajo el sordo rumor de tempestades y alucinantes
nafragios

el susurro de una vieja canción que repetía the sounds of silence como si fuese la primera vez que el mundo escuchaba esos versos que entonces fueron proféticos para los de nuestra generación de sobrevivientes de dos patibularias guerras mundiales

Acuario

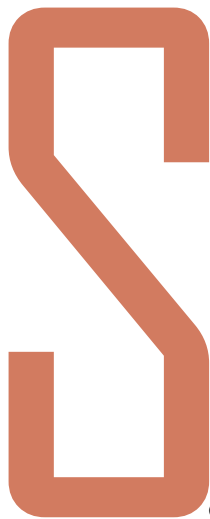
85

MIS
CEIA
NEA



¿Por qué baja el Coefi- ciente Intelec- tual?

AURORA HERRÁIZ



Según un análisis que el autor y profesor suizo Christophe Clavé realizó en su libro «Les Voies de la Stratégie» (Los caminos de la estrategia) el coeficiente intelectual de la población mundial, que hasta los años 9 del siglo XX había crecido siempre, ha ido decreciendo notoriamente en los últimos 20 años.

Diversos estudios realizados en Dinamarca, Reino Unido, Francia, Holanda o Finlandia encontraron en los últimos años que los puntajes de coeficiente de inteligencia (IQ, por sus siglas en inglés) en las poblaciones analizadas habían disminuido considerablemente en comparación con generaciones anteriores.

Un reciente estudio realizado por el Centro de Investigación Económica Ragnar Frisch en Noruega no encontró resultados muy diferentes. De acuerdo con la investigación, publicada en *Proceedings of the National Academy of Sciences*, la revista de la Academia de Ciencias de Estados Unidos, la media de los noruegos nacidos después de 1975 experimentan una disminución en su IQ con respecto a los nacidos antes de esa fecha.

La pesquisa sugiere que son factores ambientales (y no genéticos) los que están detrás de esto y que pueden ir desde los cambios en el sistema educativo, en la nutrición hasta el hecho de que ahora leemos menos o a que pasamos más tiempo en línea.

“Uno de los principales resultados del estudio es precisamente ese, que sugiere que la variación no está relacionada con el componente familiar como habían considerado investigaciones anteriores”, explica a BBC Mundo la neuropsicóloga Katherine Possin, profesora del Centro de Memoria y Envejecimiento de la Universidad de California en San Francisco. Pero ¿significa esto realmente que los nuevos tiempos y las tecnologías han limitado las capacidades de nuestra mente?

De acuerdo con Possin, lo primero que debemos tener en cuenta para entender las implicaciones de esta investigación es cómo sus autores midieron la inteligencia y qué tipo de inteligencia estaban estudiando. “Vemos que se basaron en los test de IQ, que incluyen pruebas de aritmética, vocabulario y razonamiento visual. Y en los resultados, hallaron que hubo un decrecimiento en estas capacidades, lo que podría indicar que la inteligencia está declinando”, explica la experta. Sin embargo, considera, detrás de esto puede haber otros motivos.

“En mi criterio, lo que sucede es que en los últimos tiempos ha cambiado la forma en la que la gente aprende y trabaja”, señala. “Vivimos en sociedades donde ya la inteligencia no está basada en la memorización o en los aspectos matemáticos o de vocabulario que miden los tests tradicionales, sino más bien que se vincula más con los recursos que se pueden encontrar de manera creciente en el mundo digital”, añade.

Al decir de Possin, esto no significa necesariamente que la inteligencia esté declinando, sino que muestra que la forma en la que aprendemos y razonamos cambió en los últimos años. “Lo que sucede es que las herramientas con las que medimos la inteligencia no se han adaptado para medir esos cambios”, opina. Entonces, ¿los tests de IQ tradicionales ya no son efectivos? De acuerdo con la especialista, los tests de coeficiente intelectual fueron creados como una forma práctica y rápida de medir habilidades cognitivas de una persona. No obstante, comenta, una de sus principales limitaciones siempre fue cómo el resultado puede estar influido por el propio contenido del test.

Los estudios realizados hasta ahora sobre la caída del coeficiente intelectual se han realizado en sociedad con alto nivel de desarrollo, principalmente europeas. Pero ¿son estos tests aplicables a todos los contextos?, ¿qué pasa en el resto del mundo donde el acceso a las nuevas tecnologías es más

limitado? ¿Son extensibles estos resultados a ellos? “Lo que está pasando en este sentido en países en vías de desarrollo es una pregunta que no se puede responder, porque no tenemos estudios suficientes que den cuenta de esta situación”, señala la profesora de la Universidad de California.

“Necesitamos investigaciones más diversas que den cuenta de lo que sucede allí y también incluyan a mujeres dentro de la muestra”, añade. La experta considera que solo así se podrá continuar avanzando a la gran pregunta que se hacen los psicólogos desde hace más de cien años y que todavía está por definir. ¿Qué es, en realidad, la inteligencia? “Yo diría que es una práctica multifactorial que representa tu habilidad mental para sobrevivir en la sociedad. De ahí que sea realmente muy complicado medirla con un test de IQ”, concluye.

Estos estudios coinciden con el llamado «efecto Flynn», que había señalado este aumento sustancial y sostenido de las puntuaciones de los tests de inteligencia, y que ahora se contrasta con un efecto inverso, es decir, un descenso de las puntuaciones del CI (Coeficiente Intelectual) que viene sucediendo desde 1990, fundamentalmente en los países europeos.

Parece que las causas se encuentran principalmente en el empobrecimiento del lenguaje: «no sólo se trata de la reducción del vocabulario utilizado, sino también de las sutilezas lingüísticas que permiten elaborar y formular un pensamiento complejo». El uso simple del lenguaje produce una irremediable pérdida del pensamiento complejo y por ende una reducción del coeficiente intelectual de las personas.

La desaparición gradual de los tiempos verbales (subjuntivo, imperfecto, formas compuestas del futuro, participio pasado), que provoca líneas de pensamiento casi siempre limitadas al presente, generan en el hablante la incapacidad de hacer proyecciones en el tiempo.

La eliminación de palabras, de mayúsculas o signos de puntuación, por considerarse «prácticas obsoletas», lastiman gravemente la precisión y riqueza de la expresión verbal. Cuantas menos palabras, menos pensamientos, con lo cual tampoco hay pensamiento crítico ni análisis. Igualmente, la reflexión y la solución de problemas quedan fuera de las facultades.

El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua contiene 88 mil palabras. Sin embargo, los jóvenes utilizan frecuentemente unos 300 términos y, de ellos, al menos un 35 por ciento son groserías y emoticonos. Menos palabras y menos verbos conjugados implican menos capacidad para expresar las emociones y menos posibilidades de elaborar un pensamiento. Los estudios han demostrado que parte de la violencia en la esfera pública

y privada proviene directamente de la incapacidad de describir emociones a través de las palabras. Sin palabras para construir un razonamiento el pensamiento complejo se hace inviable. Cuanto más pobre es el lenguaje, más desaparece el pensamiento.

El socialista democrático George Orwell, en su conocido libro *1984*, al igual que Ray Bradbury en su premiada *Fahrenheit 451*, ha puesto de manifiesto cómo todos los regímenes totalitarios han obstaculizado siempre el pensamiento mediante una reducción del número y el sentido de las palabras.

Por su parte, la ONU ha calificado el impacto de la pandemia, en términos educativos, como una «catástrofe mundial», afirmando que, durante este periodo, 101 millones de niños y jóvenes cayeron a niveles interiores al mínimo en lo que a comprensión lectora se refiere, anulando así los avances logrados en los últimos 29 años.

Solo basta con ver a algunos de los llamados “influencers” que pueden llegar a tener millones de seguidores en las redes sociales, y que con el mayor desparpajo dicen que jamás han leído un libro, pero que se sienten y se dicen bien informados y actualizados, al leer Wikipedia, o en ver algún corto reportaje en alguna plataforma de “streaming”.

En esta sociedad hiperconectada pero que aparentemente nos conduce a una gran pobreza intelectual colectiva, se nos anima, especialmente a padres y profesores, a hacer un importante y comprometido trabajo: Leer, leer y después... iseguir leyendo! Motivarnos a encontrar sinónimos o metáforas para expresarnos de forma diferente; evitar programas televisivos que empobrecen el vocabulario; promover visitas culturales: realizar juegos de palabras y vocabulario; leer la prensa al menos una vez a la semana; llevar a cabo conversaciones en familia que tengan un nivel intelectual elevada para promover la reflexión y el análisis; obligarnos a escribir las palabras completas cuando nos comunicamos por chat, email a redes sociales...

Como bien afirmó Ray Bradbury, en una de sus más célebres frases: «No tienes que quemar libros para destruir una cultura. Solo haz que la gente deje de leerlos».

Tomado de “Es Diari” de Menorca (sábado 4 de marzo de 2023)





LA FIESTA DE LA PALABRA EN LA POESÍA DE CARLOS ROJAS GONZÁLEZ

DALTON OSORNO

Carlos Alberto Rojas González (Santiago de Guayaquil, 1941-2019), bardo porteño que realizó múltiples quehaceres en la cultura: investigación, periodismo, docencia, análisis, poética. Maestro de Lingüística, Semiótica e Investigación Social. Analista del discurso literario. Docente en la Sorbona, Universidad Laica Vicente Rocafuerte, Técnica de Babahoyo, Técnica de Machala y Espíritu Santo. Sólo publicó 4 libros en toda su vida.

Aparece en el panorama lírico de ciudad puerto con 3 textos: “Poema para todos”, “Dicire (decir)” y “Canción de los inocentes” en el folleto Generación Huracanada (1970), junto a 17 vates, entre los que se encuentran Ileana Espinel, Sonia Manzano, Ignacio Carvallo, Fernando Artieda, Agustín Vulgarín, Othón Muñoz...

4 poemas breves aparecen en la revista La bufanda del sol No. 8 (Quito 1974); “Para que ud. y yo nos pongamos de acuerdo” en la revista peruana Auki (Piura, 1975); Poesía Provisional (España, 1978); publica un conjunto de 6 cuentos con el título Discurso para ser leído cuando llegue el buen tiempo (Babahoyo, 1988); es incluido en la antología La palabra perdurable, selección de Fernando Balseca (Quito, 1991).

Forma parte de 40 Cuentos ecuatorianos: narrativa guayaquileña de fin de siglo (1997) de Carlos Calderón Chico. Aparece en Manglar de voces (2008), compilación de Ernesto Carrión. Hay una entrevista clave que realizó el poeta Jorge Martillo de 2012 para Diario El Universo.

¿Quién fue el camarada Rojas González?

Un ser humano, aparentemente, extraño, solitario y hasta distante con ropaje de académico. Investigador y poeta mañana, tarde y noche. Amigo entrañable durante casi 40 años. Compañero de trabajo académico en la Universidad Técnica de Babahoyo: 3 décadas. Nos vimos por última vez en agosto de 2019 en la Clínica Kennedy de Guayaquil y al despedirse me dijo con voz apagada desde el lecho del dolor: “C’est fini, maestro-amigo” y apretamos nuestras manos en un adiós hasta siempre. El 9 de septiembre del citado año palmó.

¿Qué realizó el maestro Rojas González?

Periodismo en su juventud, quehacer poético y estudios de Lingüística; poeta de oficio a tiempo completo. Eterno amante de la perfección o lo perfectible, complejidad y belleza del mundo y la palabra como buen lingüista de ejercicio sempiterno, porque él no platicaba y escribía fuera del universo semiótico. Degustaba la música en sus más diversas expresiones: la ópera, tangos, pasillos, milongas, boleros, vales peruanos y jazz. A clásicos, románticos, realistas, simbolistas, vanguardistas, generación beat y contemporáneos conocía bien. Disfrutaba del buen cine: platicamos de Cinema Paradiso o El padrino y su significado desde el análisis filmico.

Hablamos de Catulo, Safo, Petronio, Joyce, Cavafis, Celan, Barthes y Greimas de la pluralidad significativa, los roles actanciales e isotopías. Analista de signos, en ciertas tardes conversamos de su ensayo: Entre Semiótica y Semiología (1986), publicado en la revista Uso de la Palabra N 5, publicado por la Universidad Técnica de Babahoyo.

Analizaba el estilo de la moda en todo y los gustos porteños: vestidos, hablas, música, modismos, cultura de masas, cine, radio, Tv, manducatoria, placeres, vicios, influencias, usanzas y costumbres de la guayaquilemía: cultura citadina.

Fascinaba a todos por el culto al cuerpo: alimentación selectiva y medida, degustó los frutos de la mar en tierra: cebiches, que compartimos en nuestras casas los domingos y veíamos el fútbol italiano donde jugaba Diego Maradona. Catador (bebedor medido) de whisky, cerveza y buen vino pío. Eterno amante de París, donde vivió, amó, trabajó y estudió hasta doctorarse en la Sorbona IV.

¿Qué decir de la escritura de Rojas González?

Una obra poética distinta, cuidada, medida, reflexiva, conversacional, fluida y perfectible (quizás abismada por la palabra signadora de acontecimientos y cosas). Desde la honda reflexión cuestionadora el yo lírico emerge siempre límpido y expedito, porque no se atrapa-entrapa en la recreación rimbombante y sonora del verso libre de los años 70 que era la usanza y moda de entonces:

Para ir al sur
No necesitamos conocer el sur,
solamente conocer
el norte
y nuestro cuerpo.

Leer los lexemas sur y norte en la polisemia contextual de América Latina de dictaduras. Llamada para la pluralidad significativa de su escritura.

El libro que festejamos y presentamos en esta ocasión se titula *Poesía 1990-2015*, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2021 en el Fondo Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana en la Colección Letras Claves, es un corpus finito de su escritura, compilación u obra antológica y póstuma; recoge sus ocho libros de distintas épocas y motivos desde 1970, año en que arranca su lírica conocida.

1. *Apuntes para conformar un texto* (1990), libro matriz-significante de su lírica y el amor abismado, descubrimiento, deslumbramiento por la palabra que todo sabe y debe signar. Originalmente se publicó en 1990 en la Colección Metáfora de Editorial El Conejo, que muestra a los bardos de su generación: Julio Pazos, Fernando Nieto Cadena, Humberto Vinuesa, Fernando Artieda Miranda y Raúl Arias. No debemos olvidar su hermandad literaria y académica con Iván Carvajal. Prestemos oídos al enunciado versal:

Palabra que te hablo de la palabra (pág. 33)

Me instalo
definitivamente en la noche

bulbos oscuros revoloteando la memoria
y busco las palabras adecuadas maneras de conceptuar las cosas (pág 35)

Botas
zapatos
pies apresurados
Cabinas telefónicas repletas
tickets de metro usado
gente que no se habla
Todo esto bajo un cielo plomizo
París. (pág. 99)

2. *Un tiempo para decir* (1988) se publicó con Abrapalabra editores de Quito.

¿Si pudiera preguntarme
a caso fui tu esposa
tu mujer
tu amante?
Acaso el amor era una práctica
una manera mas de ser valientes
un deporte para tranquilizar guerreros. (pág. 193)

3. *Cosas* (2009), escuchemos la fluidez de la voz poética:

Encerrado en el círculo de la palabra
me pregunto
Y las ideas deambulan
deambulan y me acosan. (pág. 249)

4. *Palabras como siempre* (2009). Oigamos el breve y límpido gracejo del bardo:

Solo el amor pudo salvarnos de ese suicidio cotidiano. (pág. 323)

5. Algunos números (que no intentan significar nada) (2010). Atentos:
Hasta ayer me dijeron eso de la cordura y los espacios
guardé las recomendaciones
me declaré amante de las buenas costumbres
nada de hablar de los otros
ni de pisar la cola del perro vecino

por poco me declaro célibe
Desperté. (pág. 355)

6. *Simulaciones y oficios* (2012). Poemario publicado en vida del autor en la colección Guacamayo de la Universidad Técnica de Babahoyo. Descifremos el decir de sus códigos:

Retornaré a los signos
desempolvaré esos códigos que tanto canturreo
antes de que esto huela a papel quemado
a piso sin pulir a mentira anunciada. (pág. 373)

7. *En torno al acoso* (2015) Demos oídos a su ritmo versal:
Y vi entonces cómo se deshilachaban las estrellas una a una
más allá de los tejados no quedaba sino esa fría ventisca
el olor a carroña consumaba el /casas fragmentadas.
seres apestados
las familias habían salido en diáspora sin que alguien se percatara. (pág. 417)

8. *Escritos para corregir más tarde* (2015). Viene el cierre de las citas versales y la imagen de su morada:

Cómo sería mi casa si tuviera sentido
en cada pared colocaría escondrijos para sentirme amado
los libros serían un almacén de recuerdos
(Homero Virgilio Dante Kavafis)
el patio estaría más allá de lo que se imagina
más acá de la vida
danzarinas permanentes mostrarían su exuberancia
posarían sus pies sobre mis hombros simulando un paso.
Yo estaría en mi cuarto escondido acotando
buscando atar ideas
organizando el sentido de las cosas de mí mismo. (pág. 454)

Estamos frente a un gran libro que recoge la obra poética editada, inédita y/o póstuma de un singular escritor. El libro lleva dos paratextos: vasto introito de Luis Carlos Mussó y un breve y sentido colofón de Edith Alvarez Alvarado, esposa del autor, compiladora y editora del libro, libro que el viejo bardo no alcanzó a estructurar.

Cuando Roman Jakobson escribió: „Hoy en día, toda ventana a los ojos del poeta, es igualmente poética, desde el inmenso vano vidriado de una gran tienda hasta el tragaluz manchado por las moscas en un pequeño cafetín de barrio. Las ventanas,

en nuestros días, dejan ver toda clase de cosas”. El camarada escritor Carlos Alberto Rojas González se inscribe en esa ventana y esas cosas, porque su lírica (no anti lírica) es tan universal y es tan local de ciudad: su Santiago de Guayaquil de nacimiento-vida-muerte y su París de estudios, amores, trabajos en hoteles y acogida.

Lírica que describe multiplicadores motivemas, objetos, actantes, usanzas, costumbres, ritos, creencias, descreimientos, recuerdos, homenajes, pasiones, música, cantores, penurias, parca, acoso, sensualidad, amor, erotismo, desamor, fatum, encuentros, desencuentros, exilios, andantes, extranjeros y coloquios de epígrafes: intertextualidad. Apenas repensar lo porteño popular en la locutora del parque centenario, Clarita (pág. 162 y 163) y el sentido homenaje-cita con la vida-muerte del ronco de lata (“Fernando Artieda siempre con nosotros”) (pág. 315).

¿Cuál es el aporte o legado de Rojas Gonzalez? Deja como aporte una poética distinta, bien elaborada, bien estructurada, donde el ritmo fono-semántico fluye como un equilibrio de voces. Cuida y resguarda la metáfora, cuida y labra el símil, pule y da brillo a las imágenes, calibra el ritmo, sopesa y balancea lo fono-semántico, baja -escalona- los versos: espacios, cuida, explora y selecciona las aladas palabras. Su legado es una suma lírica que fluctúa desde las facetas de la pasión amorosa; designación de todas las cosas y vidas; coloquios intertextuales, roces semánticos; nómade por el arraigo-desarraigo (bardo de dos lares); abismar, fascinar, explorar, explotar y quizá hasta abusar de la palabra nominadora que emerge 162 veces en el libro. Empero, el último lector, el que está frente al texto de 493 páginas tiene el verdadero uso de la liturgia de la palabra en esta concelebración compartida que subyace frente a una auténtica escritura culta o cultista funcional: nada barroca o neobarroca, que no exige (¿quizás?) cuestiones epistemológicas de las ciencias del lenguaje. Afirmó Octavio Paz que la poesía es conocimiento, salvación, poder y abandono. Degustemos el poder significativo de Rojas González.

Fuentes citadas

- <https://rodolfoperezpimentel.com> Biografía de Carlos Rojas González
- Generación Huracanada (1970)
- Revista La bufanda del sol N8. Quito 1974
- Revista Auki. Piura (1975)
- Poesía Provisional. 1978. España: CAA, editores.
- Discurso para ser leído cuando llegue el buen tiempo. 1988. Babahoyo: Uso de la Palabra, UTB.
- Balseca, Fernando. 1991. La palabra perdurable. Quito: Ministerio de Educación y Cultura, Corporación Editora Nacional y Editorial El Conejo.
- Calderón Chico, Carlos. 1997. 40 Cuentos ecuatorianos: narrativa guayaquile-

ña de fin de siglo. Guayaquil: Sociedad Ecuatoriana de Escritores, Manglar editores y Banco del Progreso.

Báez, Marcelo. 1990. Apuntes para conformar un comentario. Guayaquil: diario El Telégrafo.

Báez, Marcelo. 2022. Carlos Rojas González (1941-2019) teorizar y pensar desde la escritura poética. Quito: Kipus N 151, revista andina de letras y estudios culturales.

Velasco Mackenzie, Jorge. Reflexiones sobre la poesía guayaquileña contemporánea. Babahoyo s/f Uso de la palabra N 6 de UTB.

Hernández, Joaquín. 1990. De: apuntes para conformar un texto... Carlos Rojas Gonzáles. Guayaquil: Semana de diario Expreso.

Osorno, Dalton. 1990. Apuntes para conformar un texto o la posibilidad de organizar un discurso poético. Guayaquil: diario El Telégrafo y Expreso.

Martillo, Jorge. 2012. Simulaciones y oficios del escritor Carlos Rojas. Guayaquil: El Universo.

Rodinás, Juan José. 2022. Signos en la madriguera de la mente. Quito: revista Rocinante N 165.

Carrión, Ernesto. 2008. Manglar de voces. Quito: Ministerio de Cultura del Ecuador.

Jackobson, Roman. 1974 ¿Qué es la poesía?. Quito: La bufanda del sol N 8.

Paz, Octavio. 1972. El arco y la lira. Mexico: Fondo de Cultura Económica.

ROO KIES



La Antártida, *un diario de viaje.*

RONALD VILLAFUERTE



Luz y sombra en el Polo Sur

Después del rancho, a las 14h00, Karen Portilla, Patricia Castillo, Mildred Barzola, Jaime Amaguaya y yo salimos a explorar el impresionante glaciar Quito, un lugar que siempre estaba visible y que muchos esperábamos con ansias conocer.

Emprendimos nuestro sendero hacia el este de PEVIMA (estación Pedro Vicente Maldonado) mientras Jaime lideraba la exploración. El ascenso empezó pasando por el sistema de abastecimiento de agua para la estación, mientras subíamos las primeras colinas. Nos detuvimos un momento para poder colocar mi trípode y cámara y hacer una foto grupal con la estación de fondo. Continuamos nuestra caminata y entramos a territorio cubierto de hielo. Vi grietas entre la nieve endurecida donde corría el agua helada a través de un arroyo en el que retiré mi guante derecho para beber.

El Glaciar Quito emerge de entre zonas rocosas, brindando sensación de libertad y grandeza.

Sonaban las pisadas sobre este suelo erizado de hielo. Era el crujido de micropuntas de nieve sobre una capa delgada de hielo que parecía un cascarón. Eran áreas grandes cubiertas por esta formación de la naturaleza que tapaba parcialmente las colinas que estaban a nuestro lado derecho. Eran zonas de rocas oscuras que, junto con el hielo, contrastaban un cielo que iba del azul al turquesa. Una skúa estaba posada sobre el hielo mientras observaba nuestro pasar. A medida que avanzábamos, las grietas se volvían más anchas, más profundas y nuevamente me iba alejando del grupo. Tenía que estar seguro donde pisaría, de lo contrario una caída segura en una grieta me estaría esperando. Tramos del camino seguían siendo rocosos y parecían que cerraban el pasaje haciéndolo más estrecho.

Al llegar más arriba pisamos nieve más profunda que escondía las grietas. Por el sonido hueco de mis pisadas buscaba una superficie más gruesa para asentar mis botas mientras Jaime indicaba por donde era más seguro caminar. Llegamos a un punto en el que las rocas permitían un angosto espacio para pasar, sin divisar que estaba del otro lado. Al mismo tiempo, escondían un bellissimo y sorpresivo cambio de terreno. Era la nieve, a todo lo ancho del glaciar, que nos brindó un espacio despejado. La sensación de encierro de repente desapareció. Se apreciaba enfrente una vasta área de nieve que iba en descenso hasta un acantilado que no dejaba ver lo que había en la base del glaciar. La vista del mar era hermosamente impresionante, con sus islas reflejando sobre sus aguas el brillo del sol. La línea del horizonte era dibujada entre la unión del mar con el cielo azul. A nuestra izquierda estaba el pico más alto del glaciar Quito y, a su vez, la continuación del acantilado que seguía su camino en curva donde podríamos apreciar la peculiar coloración cian del hielo que terminaba en una playa. Nos quedamos ahí contemplando, deleitándonos con el lugar. Pude presenciar un trozo de hielo desprenderse del acantilado y caer al agua. El sonido era una combinación de un trueno estremecedor por la caída de una enorme plancha gruesa de hielo sobre un suelo de cemento dentro de un galpón. Estábamos cerca del colapso del hielo. Era el único espectáculo que se pudo presenciar, pero no fue el único escuchado. Otra vez el sonido se repitió, pero provenía del otro lado del pico del glaciar que teníamos a la vista.

Cada vez que quería fotografiar, me retiraba el guante y las gafas para operar los controles de mi equipo. La mano se me entumecía del frío. En la punta de mis dedos empecé a sentir un ligero quemazón. Fotografiaba los mismos paisajes con diferentes ajustes para asegurarme de tomar la foto ideal. Cambiaba de lentes para tener distintas perspectivas y así poder tener acercamientos y detalles. Variaba las composiciones del arte fotográfico. Bus-

caba otras distancias y alturas sobre el hielo y, por supuesto, fotografiaba a los miembros del grupo de expedicionarios presente. Estaba fascinado por lo que mis ojos observaban. Cómo deseaba compartir estos momentos con mi familia.

Habían transcurrido más de dos horas desde nuestra salida de la estación. Empezamos a seguir el camino del glaciar hacia el acantilado con mucha precaución. Al ir acercándonos al borde encontramos un lugar para descender y llegar hasta la playa que escondía aquel acantilado. Era un suelo de pequeñas rocas con trozos de hielo sobre la superficie, y otras flotando sobre el mar, que chocaban entre sí con el vaivén de las olas que llegaba a la playa. El choque de los hielos era un sonido surreal en aquella locación natural no invadida. Los pingüinos deambulaban por esta zona entre nosotros. De repente, el cielo se nubló produciéndose un firmamento más saturado con sombras más largas y contraluces sobre mis compañeros con brillos especulares sobre el agua. Un cuadro que merecía captarse. Quería llegar a la base del acantilado que divisé cuando estuve sobre el glaciar y presencié el colapso del hielo. Avanzamos hacia el lugar y lo nublado desapareció iluminando más el camino. Esta vez yo iba primero en la fila. El pasaje era angosto mientras que, a mi lado izquierdo, podía ir tocando la pared del acantilado de hielo con mi mano descubierta mientras veía cómo caían las gotas hacia una laguna oculta debajo. La coloración no era blanco puro, era un blanco ensuciado por el color del suelo. A mi derecha encontré el camino curvo de los trozos de hielo flotando sobre el agua, chocándose y raspándose entre sí, creando un ligero panorama sonoro casi hueco y reverberante. A todo lado que dirigía mi vista, ya sea arriba, abajo u otra dirección, el paisaje era inmersivo.

El cielo empezó a caer e iniciamos nuestro retorno a PEVIMA. No regresaríamos por el mismo lugar. Jaime optó por guiarnos bordeando la playa. El camino era más escabroso a medida que nos alejábamos del acantilado. Con la mochila a mi espalda y el trípode en mi mano, caminé y escalé laderas de piedra filosa para avanzar subiendo y bajando pequeñas colinas mientras ayudaba a mis compañeras. Las skúas y petreles volaban sobre nosotros ya que pasamos cerca de sus nidos con polluelos. Así, llegamos en más de cuatro horas, a lo que era nuestro hogar, PEVIMA, antes del atardecer, en este sublime e imponente continente.

El cementerio de ballenas

Al parecer, algún virus está invadiendo al personal logístico. En esta

mañana el servidor público Freddy Hernández, a cargo del área de soldadura de la estación, amaneció con un malestar mayor que en días previos. Tanto así que nunca salió de su camarote para el rancho de la mañana. En días anteriores también mostraron alguna señal de malestar otras personas en la estación, a tal punto que se aislaron por un día para evitar algún posible contagio. Yo no sabía de lo sucedido, pero no estaba preocupado por mi salud. Con la atención del Dr. Franco, con un purificador de aire portátil, que se dejó una hora en cada camarote, se pudo eliminar cualquier posible virus. Gracias a Dios, el personal fue mejorando.

La iniciativa de haber tomado retratos individuales a cada persona fue recibida con satisfacción, tanto así que el comandante Bernardo Gordon me pidió repetir la sesión, pero en esta ocasión por departamento, es decir, cada teniente tenía bajo su cargo personal logístico para que desempeñen alguna tarea específica de mantenimiento. Ese equipo de trabajo se quería retratar. Esta actividad empezó a realizarse en horas de la mañana. Nuevamente las lámparas LED se utilizaron y el estudio improvisado fue testigo una vez más de una sesión fotográfica.

En horas de la tarde, acompañé a Karen y a Patricia al cementerio de las ballenas. Queríamos salir del encierro por un momento y recrear la vista. Fui con la intención de captar el entorno y la fauna del sector. En el trayecto me fui encontrando con lobos marinos que se confundían con el suelo por su color pardo. Con estos animales aprendí a mantener la distancia a pesar de que en ese momento uno emitía un sonido diferente del escuchado anteriormente. Era como un llanto al que no pude dejar de prestar atención. La foca me fue siguiendo mientras yo iba a un ritmo lento para que viniera conmigo. Me metí en los caminos más fáciles para que me pudiera alcanzar sin importar si me tenía que mojar las botas. Más adelante divisé un elefante marino y cerca de él unos lobos marinos. El estar cerca de aquella foca la desvió de su ruta hacia mí en dirección al otro lobo que parecía estar esperándolo. Mientras seguí mi camino, vi que el lobezno ya no emitía ningún llanto de angustia, creo que se encontró con el ser al que llamaba. Al ya no escuchar el llanto me llegó una satisfacción de tranquilidad.

*Trozos de hielo des-
prendidos del Glaciar
Quito simulan escultu-
ras abstractas, sobre
las orillas del mar.*

A medida que me acercaba a la playa me encontré con la sorpresa de una pareja de elefantes marinos sobre unas algas rojizas al pie del agua. Enseguida empecé a fotografiarlos, pero en mi mente la mejor foto es la que se vive. Dejé en el suelo mi mochila con una cámara, varios lentes y el trípode para avanzar más y con mayor ligereza. Con cautela fui acercándome a ellos. Estaban dos, la hembra detrás del macho con la cabeza apoyada sobre su com-



pañero. A ratos levantaba su cabeza y hacía un gesto que parecía un bostezo. Se dieron cuenta de mi presencia ante la cual no se inmutaban. Seguían en su lecho, quería tocarlos, pero, más aún, imaginaba cómo sería la reacción de mis hijas si pudieran estar ahí conmigo contemplando aquel animal. Sé que les hubiera encantado y en sus rostros habría dibujado una gran sonrisa, con mi esposa observando a una distancia prudente. La ilusión me fascinaba. “¡Despierta, Ronald!”, me dije. “No te distraigas”, pues no sabía en qué momento tendría que salir rápido del lugar. Pude así captar varias imágenes de la pareja de animales.

Más adelante, por el borde de la playa, estaban tres crías juntas. Parecían tubérculos gigantes, como ocas acostadas una a lado de la otra; una hacia arriba, otra de lado y la última hacia abajo. No se habían percatado de mi presencia. A ellas me acerqué mucho más mientras divisaba cómo las fosas nasales se cerraban individualmente por un brevísimo momento. La cría de en medio abría la cola de tal forma que parecía un abanico. Sus ojos parecían tener lágrimas que le dibujaban un rostro triste. Mientras los apreciaba y re-trataba, el sonar de las olas y los vientos del entorno rocoso me envolvían.

Minga y simulacro en los confines de la tierra

Al día siguiente, lunes 13 de marzo, el día estaba soleado y despejado. Era una hermosa mañana considerando en qué parte del mundo estaba. Rara vez vi un día como el de hoy. En la playa de la estación capté el trabajo de investigación científico de María Elena y Rubén Choto. Mientras recogían muestras de tierra y agua, un par de skúas peleaban por los restos de un pingüino.

El trabajo fue breve y enseguida regresamos a PEVIMA para registrar otro simulacro, pero en esta ocasión de primeros auxilios. Karen Portilla colaboró para ser la persona a quien debíamos salvar y reanimar, mientras el personal de la armada la llevaría en una camilla a la enfermería. El ensayo sirvió para demostrar cómo reaccionar ante situaciones iguales o similares para garantizar una correcta acción. Presencié la rapidez del actuar; además, se realizó otro simulacro contra incendio, pero esta vez en el interior del módulo que contenía el laboratorio y camarotes del personal femenino. Se creó una situación con fuego controlado usando cartón encendido dentro de un tachó metálico para poner a prueba la reacción de los detectores y los extintores. La respuesta de los bomberos fue rápida y óptima.

Una vez terminado el simulacro se aprovecharon unos minutos para celebrar el onomástico del comandante de esta vigésima sexta expedición, Bernardo Gordon, con una pequeña torta preparada por los cocineros.

Nuevamente nos habían cambiado la fecha de retorno lo cual hacía difícil planificar tantas labores. Había que embalar enseres como lavadoras, secadoras, equipo de laboratorio. El personal trabajaba aprisa para finiquitar lo pendiente y guardar todo a prueba del invierno que prácticamente estaba sobre nosotros, sin embargo, no todo se podía almacenar como el agua, baños y otros sistemas, sin tener una fecha segura de nuestra partida.

A las 11h30 como distracción ante tal incertidumbre, el comandante nos envió a participar en una minga en los exteriores de la estación científica ecuatoriana. Salimos a realizar esta limpieza de basura, principalmente plástico, actividad que forma parte del proyecto de la Ing. Karen Portilla. El comandante Gordon nos acompañó. Transcurridas diez minutos de empezada la recolección de basura, ya habíamos avanzado alrededor de un kilómetro hacia el cementerio de las ballenas. El día tan hermoso cambió repentinamente y empezó a caer agua, nieve y luego granizo. Cada granito de hielo no era tan grande, más bien como el tamaño de una bolita de espuma, pero en gran volumen acompañado de fuertes vientos que nos quería llevar. Vi que las skúas intentaban volar, se quedaban por breves momentos en un mismo punto, en el cielo, a una baja altura con las alas abiertas hasta que ya no podían seguir en contra del viento. Era entonces cuando ellas circundaban el área buscando bolsas vacías en el viento para poder redirigirse.

El granizo, en cuestión de unos tres minutos, ya cubría la mayor parte de nuestro suelo entre musgo, piedras y tierra, mientras se escuchaba el quejido de algunas personas por el golpe del granizo veloz, frío e inclemente en el rostro. Era como sentir micro bofetadas que provocaban pequeños ardores sobre el rostro, uno tras otro en diferentes partes. Muchos ya se habían colocado la capucha de la tercera capa para protegerse. Tuve que resguardar mi cámara dentro de mi traje de tercera capa que repelía el agua, ya que se estaba formando hielo alrededor de la visera del lente y sobre el visor de la cámara. Siempre apuntaba en el mismo sentido que soplaba el viento o hacia abajo para proteger el cristal del lente.

No pudimos seguir con la minga ese día ya que los micro plásticos enseguida quedaron cubiertos por la nieve haciendo imposible identificarlos. El personal empezó a retornar a la estación para continuar otra jornada; sin embargo, la experiencia fue divertida para la mayoría. Para mí, el sentir el golpe del granizo en el rostro me recordaba cuando de niño vivía en Nueva York y mientras mis padres me llevaban de repente nos sorprendía ese fenómeno propio del clima frío. Otra vez venía a mi mente él cómo sería y reaccionarían mis hijas a una experiencia como esta. Me veía con mi esposa protegiéndolas, con los trajes adecuados, tal cual lo hicieron conmigo.



El faro del fin del mundo

Una de las actividades del programa logístico fue el mantenimiento de las ayudas a la navegación que había quedado inconcluso por el trabajo del módulo 2; sin embargo, con el trabajo del módulo finalizado y el atraso del Aquiles se planificó un buen trabajo.

Hacia buen clima, era un trabajo pendiente de realizar días atrás. Parecía que partiríamos de la estación sin cumplir con ese trabajo, el atraso del buque Aquiles dio algunos días al personal logístico para cumplir esta actividad. Me designaron al personal del arreglo del faro y el registro fotográfico del mismo.

El faro está ubicado en la isla Cecilia, frente a la isla Greenwich y al lado de la isla Barrientos, la travesía en bote era de unos 20 minutos. La carga para llevar era pesada y consistía en un panel solar de 70 x 60 cms, dos baterías de 12 amperios de unas 50 lbs. cada una, una moto soldadora Lincoln de unas 250 lbs. de peso, varios ángulos de hierro, pulidoras, brochas, pintura y demás elementos de ferretería. Tampoco podía faltar el refrigerio que consistió en café caliente y un pedazo de jamón con queso envuelto en papel aluminio.

Partimos a las 11h30 en un solo bote para lo cual fue necesario realizar dos viajes. En el primer trayecto fueron Freddy Hernández, Ronald Vera, Freddy Cornejo, Diego Benavides con los repuestos, máquinas y herramientas. Yo fui en el segundo junto con el comandante Bernardo Gordon y William Toasa y las baterías de encendido. Washington Valencia y Rubén Caba estaban a cargo de la operación del bote de goma.

Al llegar a la isla, los primeros en recibirnos fueron los pingüinos y los lobos marinos. Había una pequeña colonia de pingüinos con su característico caminar bamboleante que los hacía ver muy amigables a nuestra llegada. Los lobos se cruzaban por delante de nosotros, con su singular rugido, queriendo llegar a un sector más lejano en la playa.

A lo lejos, a unos quinientos metros de la playa, estaba el primer grupo de logísticos que se esforzaba subiendo los materiales, y las pesadas y voluminosas máquinas y herramientas, sobre una escarpada cuesta de unos quinientos metros de altura. Avanzaban por tramos para ir descansando y cuidando de no resbalarse, mientras apreciaba el camino que pronto me tocaría subir con mi equipo; las rocas me recordaban los paisajes lunares que había visto en libros y revistas en mi niñez. Decidí acercar más cosas que faltaban por subir, desde la playa de desembarco hasta el inicio de la cuesta escarpada. Lo hice con la intención de ayudar al personal que ya venía lidiando (para hacer

113

La erosión y el viento dan forma a enormes rocas que se sitúan cerca del acantilado, como para contemplar el mar.

que la estación funcionara para todos) y ahora un faro les serviría a las embarcaciones para orientarse en las noches.

El comandante Gordon y William Toasa escogieron otra subida más directa al faro, pero más estrecha y rocosa. Dentro de un canasto plástico colocaron una batería y la fuente de luz. Calculo que este peso estaba alrededor de setenta lbs. Mientras subían luchando contra la colina escarpada, con mientras con la otra mano para no caerse de la pendiente sujetaban la carga. Las piedras se desmoronaban bajo sus pisadas haciendo que se resbale. Los trajes, a ratos, servían como una especie de trineo en el cual fácilmente se deslizaban hacia abajo. Yo seguía atrás del comandante y William, cargando mi mochila, con mi equipo fotográfico y mi trípode de aleación de aluminio el cual amarré para poder usar mis dos manos en la escalada. En algunas partes el suelo se aflojaba bajo mis pisadas. Con mis manos me aferraba con fuerza a las piedras, ubicadas en mis partes laterales, cada vez que mis pisadas se iban en banda por el sedimento del suelo. En un momento parecía que la subida se volvió aún más inclinada. Los guantes me ayudaron a proteger mis manos del filo de las piedras en las que me apoyaba. Era una batalla dura la de subir, pero si otros lo lograron, yo, a pesar de cargar mi equipo, también lo tenía que lograr. El reto que me impuse lo tomé como una diversión. A raspones logré llegar a un sector más plano y un terreno más firme de la gran roca para ponerme de pie y llegar al faro.

Me imaginaba una estructura mucho más grande pues estaba acostumbrado a ver faros de mayor tamaño. Pero enseguida me acordé que estaba en la Antártida, y que no era necesario tener un faro de mayores dimensiones. La estructura metálica del faro se encontraba descubierta de pintura debido a los vientos salinos del mar. Ronald Vera se encargaba de soldar las conexiones eléctricas del panel solar con la batería que estaría protegida en una caja en el suelo. Mientras tanto Cornejo, Freddy y Benavides se turnaban en la cima del faro para habilitar la lámpara. Trabajos de soldadura se realizaban, tanto abajo como arriba, de este faro de unos seis metros de altura. Se cepilló y pintó la estructura metálica. Mientras el personal trabajaba en el reencendido del faro yo buscaba diferentes ángulos y alturas para documentar dicha actividad.

Por un momento me fui a recorrer sectores aledaños mientras un pingüino parecía observar el trabajo del reencendido del faro. Las vistas desde la cima eran majestuosas; ver como grandes rocas sobresalían del suelo y las playas de los diferentes frentes de la isla Cecilia hicieron que colocara mi trípode y los captara.

Regresé a la obra a seguir documentando el avance. Estaban pintando la estructura, con una pintura especial, para proteger el metal del óxido

del viento; finalmente, habían terminado la maniobra y llegó el momento de tomarnos una foto con la obra terminada de fondo. El descenso a ratos se convirtió en una resbaladera. Al menos la bajada se dio sin el peso de la carga.

Los primeros en llegar a la isla fueron los primeros en regresar en la zodiac. Me quedé con el comandante Gordon y William Toasa esperando que regresara el bote. Abajo nos esperaban las focas y más pingüinos. El sol ya había cambiado de posición y conjuntamente el color del mar que resplandecía con brillos especulares sobre sus aguas oscuras. Saltaban las siluetas juguetonas de los lobos marinos que parecían pintadas por la contraluz creando una imagen encantadora.

El trabajo total duró más de 5 horas. Llegamos a la estación alrededor de las 17h30 para recién almorzar y merendar. En mi camarote, me senté enseguida a redactar sobre las hazañas de la jornada.

Entre pingüinos y lobos marinos

Una de las actividades del programa logístico fue el mantenimiento de las ayudas a la navegación que había quedado inconcluso por el trabajo del módulo 2; sin embargo, con el trabajo del módulo finalizado y el atraso del Aquiles se planificó un buen trabajo.

Hacía buen clima, era un trabajo pendiente de realizar días atrás. Parecía que partiríamos de la estación sin cumplir con ese trabajo, pero el atraso del buque Aquiles dio algunos días al personal logístico para cumplir esta actividad. Me designaron al personal del arreglo del faro y el registro fotográfico del mismo.

El faro está ubicado en la isla Cecilia, frente a la isla Greenwich y al lado de la isla Barrientos, la travesía en bote era de unos 20 minutos. La carga para llevar era pesada y consistía en un panel solar de 70 x 60 cms, dos baterías de 12 amperios de unas 50 lbs. cada una, una moto soldadora Lincoln de unas 250 lbs. de peso, varios ángulos de hierro, pulidoras, brochas, pintura y demás elementos de ferretería. Tampoco podía faltar el refrigerio que consistió en café caliente y un pedazo de jamón con queso envuelto en papel aluminio.

Partimos a las 11h30 en un solo bote para lo cual fue necesario realizar dos viajes. En el primer trayecto fueron Freddy Hernández, Ronald Vera, Freddy Cornejo, Diego Benavides con los repuestos, máquinas y herramientas; yo fui en el segundo junto con el comandante Bernardo Gordon y William Toasa y las baterías de encendido. Washington Valencia y Rubén Caba estaban a cargo de la operación del bote de goma.

*Grietas profundas
señalan el camino
hacia la belleza de lo
inóspito.*





Al llegar a la isla, los primeros en recibirnos fueron los pingüinos y los lobos marinos. Había una pequeña colonia de pingüinos con su característico caminar bamboleante que los hacía ver muy amigables a nuestra llegada. Los lobos se cruzaban por delante de nosotros, con su singular rugido, queriendo llegar a un sector más lejano en la playa.

A lo lejos, a unos quinientos metros de la playa, estaba el primer grupo de logísticos que se esforzaba subiendo los materiales, y las pesadas y voluminosas máquinas y herramientas, sobre una escarpada cuesta de unos quinientos metros de altura. Avanzaban por tramos para ir descansando y cuidando de no resbalarse, mientras apreciaba el camino que pronto me tocaría subir con mi equipo; las rocas me recordaban los paisajes lunares que había visto en libros y revistas en mi niñez. Decidí acercar más cosas que faltaban por subir, desde la playa de desembarco hasta el inicio de la cuesta escarpada. Lo hice con la intención de ayudar al personal que ya venía lidiando (para hacer que la estación funcionara para todos) y ahora un faro les serviría a las embarcaciones para orientarse en las noches.

El comandante Gordon y William Toasa escogieron otra subida más directa al faro, pero más estrecha y rocosa. Dentro de un canasto plástico colocaron una batería y la fuente de luz. Calculo que este peso estaba alrededor de setenta lbs. Mientras subían luchando contra la colina escarpada, con mientras con la otra mano para no caerse de la pendiente sujetaban la carga. Las piedras se desmoronaban bajo sus pisadas haciendo que se resbale. Los trajes, a ratos, servían como una especie de trineo en el cual fácilmente se deslizaban hacia abajo. Yo seguía atrás del comandante y William, cargando mi mochila, con mi equipo fotográfico y mi trípode de aleación de aluminio el cual amarré para poder usar mis dos manos en la escalada. En algunas partes el suelo se aflojaba bajo mis pisadas. Con mis manos me aferraba con fuerza a las piedras, ubicadas en mis partes laterales, cada vez que mis pisadas se iban en banda por el sedimento del suelo. En un momento parecía que la subida se volvió aún más inclinada. Los guantes me ayudaron a proteger mis manos del filo de las piedras en las que me apoyaba. Era una batalla dura la de subir, pero si otros lo lograron, yo, a pesar de cargar mi equipo, también lo tenía que lograr. El reto que me impuse lo tomé como una diversión. A raspones logré llegar a un sector más plano y un terreno más firme de la gran roca para ponerme de pie y llegar al faro.

Me imaginaba una estructura mucho más grande pues estaba acostumbrado a ver faros de mayor tamaño. Pero enseguida me acordé que estaba en la Antártida, y que no era necesario tener un faro de mayores dimensiones. La estructura metálica del faro se encontraba descubierta de pintura debido

a los vientos salinos del mar. Ronald Vera se encargaba de soldar las conexiones eléctricas del panel solar con la batería que estaría protegida en una caja en el suelo. Mientras tanto Cornejo, Freddy y Benavides se turnaban en la cima del faro para habilitar la lámpara. Trabajos de soldadura se realizaban, tanto abajo como arriba, de este faro de unos seis metros de altura. Se cepilló y pintó la estructura metálica. Mientras el personal trabajaba en el reencendido del faro yo buscaba diferentes ángulos y alturas para documentar dicha actividad.

Por un momento me fui a recorrer sectores aledaños mientras un pingüino parecía observar el trabajo del reencendido del faro. Las vistas desde la cima eran majestuosas; ver como grandes rocas sobresalían del suelo y las playas de los diferentes frentes de la isla Cecilia hicieron que colocara mi trípode y los captara.

Regresé a la obra a seguir documentando el avance. Estaban pintando la estructura, con una pintura especial, para proteger el metal del óxido del viento; finalmente, habían terminado la maniobra y llegó el momento de tomarnos una foto con la obra terminada de fondo. El descenso a ratos se convirtió en una resbaladera. Al menos la bajada se dio sin el peso de la carga.

Los primeros en llegar a la isla fueron los primeros en regresar en la zódiac. Me quedé con el comandante Gordon y William Toasa esperando que regresara el bote. Abajo nos esperaban las focas y más pingüinos. El sol ya había cambiado de posición y conjuntamente el color del mar que resplandecía con brillos especulares sobre sus aguas oscuras. Saltaban las siluetas juguetonas de los lobos marinos que parecían pintadas por la contraluz creando una imagen encantadora.

El trabajo total duró más de 5 horas. Llegamos a la estación alrededor de las 17h30 para recién almorzar y merendar. En mi camarote, me senté enseguida a redactar sobre las hazañas de la jornada.

*Estación Pedro Vicente Maldonado, Antártida:
21 de febrero de 2023 - 16 de marzo de 2023.*

Carolina Andrade

(Guayaquil, 1962). Narradora. Profesora universitaria. En México asistió a los talleres literarios de la Sociedad General de Escritores Mexicanos (SOGEM). Ha publicado textos en la revista *Cuadernos del Guayaquil* y los cuentarios *Detrás de sí* (Quito, 1994), *De luto* (Quito, 1998) y *Revista y revuelta* (2003). Consta en las siguientes antologías: *El libro de los abuelos* (Guayaquil, 1990), *Antología de narradoras ecuatorianas* (Quito, 1997), *40 cuentos ecuatorianos* (Guayaquil, 1997), *Cuento ecuatoriano de finales del siglo XX* (Quito, 1999), *Nuevos proyectos de escritura ecuatoriana*, revista *Hispanamérica* (USA, 2000), *Cuento ecuatoriano contemporáneo* (México, 2001). *Frágiles* (2010) fue su primera novela.

Rocío Soria

(Quito, 1977). Comunicadora social, realizó estudios de postgrado en *Edición de Medios Impresos e Historia del Arte Ecuatoriano*. Es Magíster en Literatura Infantil y Juvenil. Publicó *Huella Conceptual* (2003), *El Cuerpo del Hijo* (2008), *Isadora* (2010), *Ictus* (2013), *Deterioro* (2018), *Pelotón de Fusilamiento* (2022). Parte de su poesía ha sido recogida en antologías nacionales e internacionales. Actualmente se desempeña como docente en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador.

María Leonor Baquerizo

(Guayaquil, 1960). Ha publicado libros de cuentos como *Sólo quería entender* (1999) y *Las grandes cosas se pierden en la niebla* (2005). Sus textos constan en varias antologías: *Historias bajo el árbol*, Libro Binacional de Narrativa Contemporánea Perú-Ecuador (2008); *Antología de Cuentos de uno y otro lado de la frontera* (2008); *Utópica Penumbra: An-*

tología de Literatura Fantástica Ecuatoriana (2013); *Antología bilingüe del cuento ecuatoriano de inicios del siglo XXI* (2017); *Cuentos Migrantes* (2018) Henry Tarco Floricanto Press, University of Louisville; *Antología del Microcuento Ecuatoriano*, Eskeletra Editorial (2019). Ha participado en encuentros literarios dentro y fuera del país.

Joaquín Gallegos Lara

(Guayaquil, 1947). Entre sus obras más destacadas está la novela *Las cruces sobre el agua* (1946), en que recuenta la masacre de obreros del 15 de noviembre de 1922, y cuentos como *El guaraguao*, *La salvaje*. Junto con sus compañeros del *Grupo de Guayaquil*, transformó la narrativa ecuatoriana y proyectó la literatura del Ecuador al mundo por medio de etapas tremendas de violencia verbal y física; además, fue característica la reproducción fonética del habla montubia. Su última obra publicada en vida, fue el cuento *La última erranza*, publicado en diciembre de 1946 en la revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y que narra el linchamiento de un judío a manos de una turba de fanáticos religiosos.

Ronald Villafuerte

(Nueva York, 1972). Licenciado en Producción Audiovisual. Master en Comunicación Pública de la Ciencia y la Tecnología y en Diseño y Gestión de Marca. Posee una vasta experiencia en la enseñanza de fotografía, luz, video y comunicación audiovisual, así como la realización de trabajos en el campo profesional.

Aurora Herráiz

(1960, Madrid). Consejera de Bienestar Social y Juventud de Menorca entre 2011 y 2015, directora de Responsabilidad Social Corporativa (RSC) de la Fundación Jiménez Díaz de Madrid, perteneciente al grupo Quirón Salud. Formada como Técnico Especialista en Secretaría de Dirección entre otras cosas, Herráiz ha desempeñado en Menorca cargos como directora de

recursos humanos de Ashome (Asociación Hotelera de Menorca), consejera de Editorial Menorca, subdirectora de Caritas Menorca y consejera independiente en el equipo de gobierno del PP, encabezado por Santiago Tadeo.

Jorge Luis Borges

(Buenos Aires, 1899-Ginebra, 1986). Poeta, ensayista y escritor. En 1923 publica su primer libro de poemas, *Fervor de Buenos Aires*, y en 1935 *Historia universal de la infamia*. Es bibliotecario en Buenos Aires de 1937 a 1945, conferenciante y profesor de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, miembro de la Academia Argentina de las Letras y director de la Biblioteca Nacional de Argentina desde 1955 hasta 1974. Publica libros de poesía como *El otro*, *el mismo*, *Elogio de la sombra*, *El oro de los tigres*, *La rosa profunda*, *La moneda de hierro* y cultiva la prosa en títulos como *El informe de Brodie* y *El libro de arena*. La importancia de su obra se ve reconocida con el Premio Miguel de Cervantes en 1979.

Fernando Nieto

(Quito, 29 de marzo de 1947 - Villahermosa, marzo de 2017). Trabajó como profesor de literatura y eventualmente como decano en la Universidad Técnica de Babahoyo. En los 70 ayudó a formar en Guayaquil el grupo literario Sicoseo, tomando como referente los talleres que dictaba Miguel Donoso Pareja, en México. En 1989 ganó el Premio Jorge Carrera Andrade, entregado por el municipio de Quito al mejor libro de poesía del año, por el poemario *Los des(en) tierros del Caminante*.

Dalton Osorno

(Jipijapa 1958) Poeta, narrador, crítico literario y maestro universitario jubilado. Licenciado en Literatura y Castellano por la Universidad Estatal de Guayaquil y

Master en Proyectos Educativos y Sociales. Ha publicado el libro de cuentos *El vuelo que me dan tus alas* (1988) y los poemarios *Visión de la ciudad* (1996), *Palíndromo* (1997), *Amantazgos* (2000) que obtuvo Mención de Honor en la Bienal César Dávila Andrade, *No hay peor calamidad, desfachatez, infatuamiento que un poeta enamorado* (2003), con el que ganó el Premio Único del VII Concurso Nacional de Literatura M. I. Municipalidad de Guayaquil y *Duración del esfumato* (2017). El 23 de abril ganó el premio La Linares de novela breve 2020 con *Crónica para jaibas y cangrejos*, con edición digital e impresa bajo el sello editorial La Campaña Nacional Eugenio Espejo para el Libro y la Lectura y Casa Egüéz.

Juan Romero Vinueza

(Quito, Ecuador, 1994) B.A. en Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (Ecuador). M.A. en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Guanajuato (México). Estudiante del Ph.D. en Romance Languages en la University of Michigan, Ann Arbor (EE. UU.). Ha publicado en poesía: *Revólver Escorpión* (La Caída, Ecuador, 2016), *39 poemas de mierda para mi primera esposa* (Turbina, Ecuador, 2018; Ed. Liliputienses, España, 2020; Mantra, México, 2020), *Dämmerung [o cómo reinventar a los ídolos]* (Ed. Liliputienses, España, 2019; La Caída, Ecuador, 2021), *lírica fracturada para traductores tristes* (Municipio de Cuenca, Ecuador, 2021), y *Breves escenas de irrealismo suburbano* (La Caracola, Ecuador, 2023). La primera antología de su obra es *Ínfimo territorio kamikaze* (Municipalidad de Lima, Perú, 2021). Compiló, con Abril Altamirano, *Despertar de la hydra: antología del nuevo cuento ecuatoriano* (La Caída, Ecuador, 2017). Compiló y tradujo, con Kimrey Anna Batts, *País Cassava / Casabe Lands* (La Caída, Ecuador, 2017). Su libro *Pintura mal escrita mi memoria* resultó ganador del I Premio Internacional de Poesía de la AHLIST y el Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar.





DE ARTE Y

espol Escuela Superior
Politécnica del Litoral

www.revistas.espol.edu.ec/index.php/pixelettras